

BUSCANDO LO QUE AGRADA A DIOS

Antonio Jesús María Sánchez Orantos, CMF



MISIONEROS
CLARETIANOS
HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Materiales de la Prefectura General
de Espiritualidad y Vida Comunitaria

8

Diáconos de la misericordia divina en fidelidad al Espíritu Santo

«No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos.

Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros.

Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos.

La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos, himnos y cánticos inspirados, y todo cuanto hagáis, de palabra y de boca, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre.»

(Col 3, 9-17)

I

El compromiso del discernimiento en una Iglesia que quiere ser Iglesia en Salida

La vida cristiana es «camino», es «vivir del Espíritu» (cfr. Gal 5, 25), como sintonía, relación, imitación y configuración con Cristo, para participar de su filiación divina. Por esto «todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios» (Rm 8, 14).

1. Solo en camino, proceso, renovamos nuestra fidelidad

El Evangelio de Juan pone en boca de Jesús una extraña definición -quizá nos hemos acostumbrado a ella- de su ser personal: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6) y la Iglesia, las comunidades eclesiales, nunca la meditarán suficientemente. Observemos que ni la primera ni la última palabra es «verdad», porque cuando lo tenido por verdad nos instala, cuando no nos pone en camino, en salida; o, también, cuando la tan nombrada verdad no engendra vida en nuestra vida para que engendremos vida verdadera, buena y bella, lo considerado por verdad, podemos tener la absoluta seguridad, no procede, no puede proceder del decir de Dios.

Y, así, la finalidad de todo discernimiento, como veremos más despacio, queda, desde un principio, establecida con claridad: en camino -quiebra de toda instalación- para engendrar vida -luchar con inquebrantable esperanza contra todo signo de muerte (pecado)- porque aprendemos a configurar nuestro corazón (vida afectiva) desde la Verdad de Dios, desde su voluntad -fundamento de nuestra fidelidad-.

La Verdad de Dios es llamada a ponernos en camino para engendrar vida (Gn 12, 1: vocación de Abraham: «sal de tu tierra...»); Ex 6, 11-13: vocación de Moisés e Israel; Is 6, 9: vocación de Isaías: «Anda y di...»). Porque el verdadero caminante, peregrino sin morada, carece de ambiciones y su equipaje es siempre ligero; cuenta más el paisaje, el terreno que pisa, el cielo que le cubre, la conversación íntima, el deseo de claridad...

Ponerse en camino, una experiencia de gratuidad, que desdeña el destino y grita con fuerza contra los atropellos de este mundo, contra el atosigamiento del consumo, contra el veneno del poseer, contra el amontonamiento de noticias y memes que secuestran nuestra lucidez, contra la exigencia de aparentar lo que no somos... Marginalidad transitoria, espacio ideal para replantear nuestra relación con lo otro (ecología), los otros (ética/política/vida en comunidad) y el Otro (espiritualidad) al desasirnos de nuestros roles

pretendidos o impuestos. Y así, «saliendo de nuestra tierra», repito, «tierra» pretendida o impuesta, soltamos peso, «vendemos» (Mt 19, 16-22), para poder encontrar aquello que verdaderamente da sentido a nuestras vidas.

El camino, ciertamente, no es un fin; sí un medio que por abrir la posibilidad de recuperar nuevos olores, nuevos sonidos, nuevas perspectivas, nuevos paisajes, memorias perdidas... permite la reconfiguración del corazón (vida afectiva): diferentes emociones que discernidas podrán convertirse en sentimientos (mociones) que orienten de manera nueva nuestra libertad.

¿No es esta una magnífica manera de abordar la tarea del discernimiento, es decir, de abordar la tarea de tomarse en serio la propia vida? Una seriedad que remite al esfuerzo y a la honestidad, a la pasión por esclarecer la verdad sin renunciar a la alegría, porque cuando la angustia (desconsuelo), el miedo (falta de libertad) y la instalación (aburguesamiento: riqueza) abundan en nuestro corazón, se ha quebrado nuestra confianza, fe, en Dios. Y cuando dudamos por ausencia de confianza de la presencia amorosa de Dios en nuestra vida, se quiebra también la luz de la esperanza que siempre descubre caminos de caridad. La vida teologal se desvanece.

Es vano remitirse al discernimiento cuando no queremos levantarnos y ponernos en camino para vivir. De nuestras perezas, de nuestros marasmos solo salimos caminando: *Solvitur ambulando* (todo se resuelve andando), decía San Agustín.

Y esta es la comprensión del discernimiento que definiendo y difundo: una cordial (corazón) fiesta (alegría mesiánica) del verdadero saber humano (inteligencia vital), que a través de esforzados gozos sucesivos (liberaciones) va saboreando una Verdad que no puede poseerse, pero sí amarse (acogida cordial).

Porque el discernir diluye la mayoría de nuestras inútiles crispaciones, al trastocar nuestro devenir temporal: el paso y el peso del tiempo, tiempo cronológico (chrónos), es convertido en oportunidad (kairós) para decidir vivir de verdad. Porque el discernir

cura nuestra arrogancia ya que nos permite tomar conciencia de nuestra vulnerabilidad y quebrar así nuestra falaz prepotencia.

Y, lo más importante: nuestro Dios sabe de nuestra fragilidad e ignorancia, conoce nuestros logros y nuestras miserias y se ofrece a acompañarnos en ese camino, en esa peregrinación. Por eso, cada trecho del camino recorrido, o mejor, cada paso, tiene sentido, aunque no encontremos verdades apodícticas, inmutables; aunque solo vislumbremos pequeñas luces, pábilos vacilantes que no conviene apagar (Is 42,3), porque si han sido discernidos con verdad, tratarán siempre de lo que más importa: incertezas trabajadas, las más nobles que existen, la verdadera experiencia de fe. Y nunca olvidemos que solo Dios es fiel y que nuestra fidelidad es su fidelidad.

2. La sabiduría de la Palabra de Dios: a la búsqueda de «lo que agrada al Señor»¹

La expresión *to euáreston* («lo que agrada», «lo agradable»²), extraña en la literatura griega profana, aparece en el Nuevo Testamento solo en los escritos de San Pablo (Rm 12, 2; 14, 18; 2Co 5, 9; Ef 5, 10; Flp 4, 18; Col 3, 20; Tit 2, 9) y en la carta a los Hebreos (12, 18; 13, 21)³. Su significación es siempre religiosa, si se excluye Tit 2, 9 que remite a la actitud que deben asumir los esclavos frente

¹ Lo que se propone puede encontrarse y profundizarse en: Castillo, J.M.: *El discernimiento cristiano. Por una conciencia crítica*. Sígueme, Salamanca, 1984.

² Jesús también emplea una vez en Jn 8, 29 ese modo de expresarse: «El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada». Y recordemos que el P. Claret buscaba agradar a Dios, su Padre, y lo hacía desde un sentimiento filial. Cf. Autobiografía, 136, 391. En la sección de Propósitos y en la de Notas Espirituales hace varias referencias a este motivo de agradar a Dios. Y escribió un opúsculo titulado *Ramillete de lo más agradable a Dios y útil al género humano* (Madrid 1858) 32 pp. Los especialistas lo dirán, pero pienso que es un aspecto no desdeñable, que expresa su vivencia de la relación filial desde un descentramiento de sí y un neto teocentrismo.

³ Cf. para mayor profundidad, Therrien, G. *Le discernement dans les écrits pauliniens*, Paris, 1973.

a sus amos. Es decir, la expresión apunta a la auténtica relación que el ser humano debe mantener con Dios: una muy bella definición de la fidelidad.

Pues bien, dicha expresión, como veremos inmediatamente, aparece íntimamente ligada a la tarea del discernimiento: es su resultado. Por tanto, el discernimiento, insistiremos constantemente en ello, no pretende encontrar reglas o leyes de obligado cumplimiento para alcanzar una perfección que sitúe la vida humana a la altura de Dios (la Torre de Babel, y, con ella, todas las posibles torres que intentan «llegar al cielo y alcanzar fama», fue derribada hace mucho tiempo -Gn 11, 1-9-). Se trata, por el contrario, de abrir una relación estética, afectiva y, por eso, efectiva, porque «de amor se trata», con nuestro Dios y Señor para configurar el corazón humano desde su Amor y actuar desde dicha experiencia fundante.

El discernimiento no es ni puede ser solamente proyecto humano, aunque el respeto a los dinamismos de la psicología humana sea importante -*mirar y escuchar bien* no es solo un regalo para los demás, también para nosotros mismos-; sino, ante todo, un fruto del Espíritu Santo; por eso, y solo por eso, el discernimiento es siempre camino espiritual: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado.

Como sabemos, aunque con frecuencia olvidamos, el Espíritu Santo no es un mero ayudante para nuestros proyectos personales o institucionales. Si así fuera, no tendría la iniciativa en la vida humana, se subordinaría al querer humano. Es el Espíritu Santo, «que va y viene y sopla donde quiere» (Jn 3, 8-21), el que dirige, el que tiene que dirigir a los hijos de Dios: «porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (Rm 8, 14). Por eso, hablar de discernimiento, ya está insinuado más arriba, es hablar de libertad, o mejor, de procesos personales y comunitarios de liberación, porque es hablar de amor.

La cuestión que abre el discernimiento apuntará siempre a saber

de qué manera el ser humano puede y debe ser fiel al Espíritu, sin olvidar su condición de hijo de esta tierra (psicología) y miembro de una determinada cultura e institución social (sociología).

Dos son los términos griegos que quiere traducir nuestra palabra «discernimiento»:

- *Diákrisis, que expresa la idea de separar, hacer una distinción (cf. Heb 5, 14; 1Co 11, 29) apuntando, sobre todo, al discernir en sentido moral: saber separar el bien y el mal.*
- *Dokimádsein, que expresa la idea de aprobar probando, de saborear (sabiduría) y que puede ser considerado el término más propio, y, por eso, el más repetido, en el ejercicio del discernimiento. Se trataría de discernir mediante probación (praxis, no solo teoría, o si se quiere, inteligencia sensible, experimental) lo auténtico, lo bueno, lo que agrada a Dios. En definitiva, el verbo Dokimádsein debe ser considerado como la expresión técnica que pretende definir con claridad el fundamento del actuar de la fe. Concepto clave para entender la vida cristiana cotidiana, no solo para clarificar, que también, experiencias extraordinarias de fe.*

Revisemos brevemente los textos. Pero no sin advertir que intentamos penetrar en la Palabra de Dios. Es decir, penetramos en ella para que ella nos penetre: es el sentido fuerte del verbo «conocer» en la tradición judía. Se trata, pues, no de dominar el significado del texto, sino de que el texto nos domine, para que nuestro corazón, fundamento de nuestro actuar, sea configurado afectivamente por su contenido. Es la ley psicológica de la vida humana y, por eso, del discernimiento: lo afectivo será siempre lo efectivo en nuestra vida y no conviene olvidar que el Espíritu Santo no derrama en nuestros corazones ideas de Dios, sino su Amor.

Rm 12, 1-2 expresa con vigor lo que debe ser el discernimiento cristiano en la vida del creyente:

Por el amor entrañable de Dios os lo pido, hermanos: presentaos a vosotros mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Ese

ha de ser vuestro auténtico culto. No os amoldéis a los criterios de este mundo; al contrario, dejas transformad vuestro interior de tal manera que sepáis apreciar lo que Dios quiere, es decir, lo bueno, lo que le es grato, lo perfecto.

Como es sabido, este texto tiene una importancia singular en el conjunto de la carta a los Romanos. Situado al comienzo de la segunda parte, la parte exhortativa, es decir, allí donde Pablo pretende ofrecer con claridad en qué consiste la existencia cristiana, *el culto auténtico (latreia logiké, ¡¡¡expresión sumamente sorprendente!!!)*. Pues bien, *el culto auténtico* supone:

- *Intransigencia frente al «mundo»⁴ y transformación de la «mirada», «vida en la luz», que afecta a todas las dimensiones de la persona;*
- *Como condición de posibilidad para apreciar lo que Dios quiere, lo que le agrada.*

Observemos que Pablo está situando el discernimiento en el centro de la relación ser humano-Dios, es decir, en la esencia de la vida cristiana. Por eso, al inicio de la carta, Rm 1, 28, deja escrito que a los paganos les caracteriza la incapacidad para discernir; y, también, Rm 2, 17-20, que el discernimiento para los judíos fue puramente teórico, sin consecuencias prácticas.

Ef 5, 8-10, desde otro punto de vista, llega a la misma conclusión:

En otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz al estar unidos al Señor. Portaos como hijos de la luz, cuyos frutos son la bondad, honradez y sinceridad, discerniendo lo que agrada al Señor.

«Portaos... discerniendo»: el discernir determina en qué consiste ser «hijos de la luz», o mejor, los hijos de la luz se definen por el

⁴ El concepto de «mundo» remite en San Pablo a una triple situación vital que siempre exigirá una radical vigilancia para el hombre de fe: a) la existencia pagana, que no quiso reconocer y glorificar a Dios (Rm 1, 18-32); b) la existencia judía, que busca la salvación en el cumplimiento de la ley (Rm 2, 12-29); c) la existencia anticristiana, que vive según sus propios apetitos: egoísmo/narcisismo (Rm 8, 5-8; Gal 5, 16, 24).

discernimiento, son aquellos seres humanos que proceden según lo que agrada al Señor porque han discernido su voluntad.

Flp 1, 8-11 ofrece un matiz importante para la tarea del discernimiento cristiano:

Bien sabéis con qué cariño cristiano os echo de menos y pido en mi oración que vuestro amor crezca más y más en penetración y en sensibilidad para todo, a fin de discernir lo mejor. Así seréis sinceros y llegaréis sin tropiezo al día de Cristo, colmados de ese fruto de rectitud que viene por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

El deseo de Pablo: que el amor se intensifique y sea el signo de la vida cristiana, porque sólo así quedará capacitada para el discernimiento. Y su fin nunca es la búsqueda de la propia perfección, sino la gloria y alabanza a Dios; por eso, la tarea del discernimiento mediará, hará de puente entre el amor y la alabanza. Dicho quizá con mayor claridad: un amor sin discernimiento poca gloria y alabanza ofrecerá a Dios, porque será siempre un amor desorientado, un amor que en vez de descentrarnos nos centra en nuestro «propio querer e interés», en nosotros mismos (¡¡¡y muchas veces bajo la excusa de santidad!!!). Nos encontramos, así, con la naturaleza más propia del discernimiento: se trata de una experiencia que engendrada por el amor: penetración (*epígnosis*) y sensibilidad (*aíszesis*), permite descubrir «lo mejor», el querer de Dios para la vida humana.

1Co 11, 28-29 nos permite dar un paso más en penetración y sensibilidad: la indisoluble relación entre discernimiento y praxis moral.

Examínese (dokimadséto: disciérnase) cada uno a sí mismo antes de comer el pan y de beber la copa, porque el que come y bebe la sopa sin distinguir (diakrínon) el cuerpo, se come y bebe su propia sentencia.

Se trata, ahora, de saber distinguir (*diakrínon*) el «cuerpo del Señor». Se trata de que se celebre la cena del Señor como comida del Señor y no como otra cosa. Y se trata, por eso, de celebrar según las exigencias éticas que de la celebración se derivan: una sola mesa, una sola familia, un solo sentir, una sola fiesta... donde

toda posible división distorsiona su sentido.

2Co 13, 5-6 advierte que el objeto del discernimiento remite a la vida cotidiana creyente, es decir, a la presencia de Cristo en cada uno y en la vida de comunidad:

Poneos a prueba⁵ a ver si os mantenéis en la fe, someteos a examen (éautoús dokimásete: discerníos) ¿No tenéis conciencia de que Cristo está entre vosotros? A ver si es que no pasáis el examen; pero reconoceréis, así lo espero, que yo sí lo he pasado.

La autoridad de Pablo como apóstol de Cristo ha sido puesta en duda. Pablo exige a la comunidad que examinen su condición de cristianos. Y el objeto del discernimiento es la presencia de Cristo en cada uno y en la comunidad. Solo así se garantiza la fidelidad, la identidad cristiana: el ser mismo de la persona cristiana.

Gal 6: 4-5 insistirá sobre el mismo tema. En la tarea del discernimiento nos jugamos la autenticidad de la existencia cristiana.

Cada cual examine (dokimadséto: se discierna) su propia conducta, y tenga entonces motivo de satisfacción refiriéndose solo a sí mismo, no refiriéndose al compañero, pues cada uno tendrá que cargar con su propio bulto.

Se trata de que cada creyente discierna y manifieste el actuar que se deriva de la fidelidad a las enseñanzas de Jesús, el Cristo -concepto clave, como es sabido, en la carta a los Gálatas-, para no caer en las obras de la ley (Gal 2, 16; 3, 2.5.10) o de la carne (egoísmo: Gal 5, 19). Se trata, entonces, de la conducta específicamente cristiana y la clave es el discernimiento.

⁵ Una nueva e importante expresión: *peirásete* (πειράζεστε), cuyo significado varía según el contexto en el que se encuentre, pero, en general, puede ser traducido como «poner a prueba» o «tentar». Remite, pues, a la prueba de la fe y las situaciones en las que el creyente enfrenta desafíos que ponen a prueba su fidelidad. La idea es que estas pruebas son oportunidades para que los creyentes demuestren su lealtad y confianza en Dios, fortaleciendo así su relación con Él bajo el convencimiento de que Dios no permitirá que sus seguidores sean tentados más allá de su capacidad de resistir y que Él mismo proporcionará, si se escucha (ob-audire) adecuadamente, el recto camino que seguir.

Pero la práctica del discernimiento no solo remite en Pablo a este bello pero duro combate espiritual que hemos ido descubriendo. La comunidad cristiana también está llamada a la tarea del discernimiento. En la exhortación final de la primera carta a los Tesalonicenses, 1 Tes 5, 19-22, escribe:

No apaguéis el Espíritu, no tengáis en poco los mensajes inspirados; pero examinadlo todo (pánta dé dokimásete), retened lo que haya de bueno y manteneos lejos de toda clase de mal.

Ante la posible desorientación sobre la acción del Espíritu en la comunidad, Pablo no remite a intervención de entendidos o de autoridades, sino que apela a la responsabilidad de todos y cada uno, a la sincera búsqueda que todos y cada uno deben realizar.

Pero aún podemos profundizar más en la relación entre camino de fidelidad cristiano y acción del Espíritu Santo. Nos remitimos ahora a la primera carta de Juan que expone, como sabemos, los criterios que garantizan la autenticidad de la comunión con Dios y con los demás. Pues bien, en 1 Jn 4, 1 encontramos estas afirmaciones fundamentales:

Amigos míos, no deis fe a toda inspiración; sometedlas a prueba (dokimásete ta pneúmata) para ver si vienen de Dios, pues han salido en el mundo muchos falsos profetas.

El término «inspiración» puede referirse tanto al ser humano movido por un principio superior como a los efectos que el ser humano experimenta cuando es movido por algún sentimiento interior. Estas inspiraciones pueden provenir del Espíritu de la verdad o del espíritu del error (1 Jn 4, 6), es decir, acercan o alejan al ser humano de Dios. Por tanto, el autor de la carta es consciente de que no toda religiosidad, no toda forma de religión -esto es lo importante- es auténtica. Y el riesgo es que en nombre de la religión, de lo sagrado, el ser humano pueda separarse del querer de Dios. Por eso, todo creyente, no solo algunos elegidos, debe poner en práctica el discernimiento.

Finalmente, en Heb 5, 14, podemos leer:

El alimento sólido es propio de adultos, que con la práctica tienen

una sensibilidad entrenada en discernir (prós diakrisin) lo bueno de lo malo.

El autor de la carta trata desde 5, 11 a 6, 12 las disposiciones que deben tener sus destinatarios. Y reprende a los miembros de la comunidad porque «con el tiempo que lleváis deberíais ser ya maestros, y, en cambio, necesitáis que se os enseñen los rudimentos de los primeros oráculos de Dios» (5, 12). En este marco distingue en la comunidad dos tipos de personas: los que son como niños (*népioi*), imperfectos o inmaduros; los que son adultos (*teleíoi*), con sensibilidad agudizada para las cosas de Dios. Se trata, por tanto, de describir quiénes son los que han llegado a la madurez de la vida cristiana. Y es aquí donde aparece con toda su fuerza la tarea del discernimiento como aquello que distingue la personalidad cristiana madura. Y, según el autor, si dicha personalidad no se da en la comunidad, ésta merece una seria reprensión.



CONCLUSIÓN

- *El Espíritu de Dios no es un auxiliar que viene en ayuda del ser humano para que dé cumplimiento a sus decisiones ya tomadas. Es Él quien derrama el amor en los corazones; y «porque de amor se trata», es Él quien marca el ritmo y las decisiones del discernimiento cristiano.*
- *Por eso, porque discernir es saber acoger la acción del Espíritu (1Tes 5,19-22: no apaguéis el Espíritu) en el corazón humano, la tarea del discernimiento no es una cuestión marginal en la vida cristiana, sino, por el contrario, su tarea más propia y en su calidad se juega la identidad cristiana.*
- *Porque el verdadero culto que define la existencia cristiana se concreta y expresa (praxis) en el discernimiento (Rm 12, 2). Discernir es caminar como hijos de la luz para ver lo que agrada al Señor (Ef 5, 8-10), separar lo bueno de lo malo porque no todo acto religioso es según el querer de Dios (Heb 5, 14; 1Co 13,5-6; 2Co 13,5-6; Gal 6,4-5; 1Jn 4,1) y buscar siempre senderos de amor (Flp 1, 9-10) porque solo un corazón configurado por el amor, por el Espíritu de Dios, podrá saber, saborear con gusto lo que le agrada a Dios.*
- *La medida, pues, de una vida auténticamente cristiana remite a la capacidad de discernir en cada caso y en cada situación el querer de Dios.*
- *El versículo 10 de Flp 1 nos ofrece, quizá, el término clave que resume todo el camino recorrido: diaphéronta (διαφέροντα) que implica discernir o distinguir entre las opciones disponibles para elegir la mejor. Leamos: «para que aprobéis lo mejor (diaphéronta), a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo». Este término aparece también en Rm 2,18 donde Pablo reconoce que la ley de Moisés también pide la búsqueda de lo que es excelente y, por eso, exhorta a los judíos a que se abran a la excelencia de la voluntad de Dios revelada en Cristo. Este tiene que ser nuestro siguiente paso reflexivo.*

3. El caminar de Jesús: su proceso de discernimiento

Antes de comenzar este tercer paso, conviene una doble advertencia:

- *Los sinópticos⁶ y Juan no hablan expresamente del discernimiento cristiano. Y, sin embargo, intentaré mostrar como la comunidad cristiana, desde su íntima penetración en la vida de Jesús, quiere que tomemos conciencia, que saboreemos la experiencia de discernimiento que antes de iniciar su vida pública vive su Maestro en el desierto, donde fue llevado, no debe ser olvidado, por el Espíritu para ser puesto a prueba, para ser tentado. Una radical experiencia de discernimiento en la biografía de Jesús para descubrir el verdadero camino que Dios quiere para su vida.*
- *Para poder entender adecuadamente la experiencia de discernimiento en la biografía de Jesús tiene que ser derrotada una muy antigua herejía: el monofisismo y, también, su compañera de camino, el monoteletismo. Se trata, como es sabido, de no aceptar las consecuencias de la encarnación, de no aceptar que Jesús es plenamente Dios y plenamente hombre (Concilio de Calcedonia). Porque a veces, en lo más profundo de nuestro corazón no llegamos a aceptar, nos cuesta aceptar que Jesús es humano, demasiado humano, es decir, que todos los dinamismos del cuerpo humano (intimidación psicológica) acontecen en su biografía. La consecuencia de esta falta de aceptación es tremenda: creer que Dios sólo puede ser totalmente Dios a costa de que el ser humano sea menos ser humano; y, como veremos, determina, formulado en positivo, una de las reglas más claras del discernimiento cristiano: los verdaderos actos del ser humano o nos humanizan o no pueden ser queridos*

⁶ El verbo *Dokimádsein* aparece dos veces en el evangelio de Lucas (12, 56 y 14, 19), pero en ambos casos se remite a cosas que nada tienen que ver con el discernimiento cristiano. El sustantivo *diákrisis* no se utiliza jamás en los evangelios. Y el verbo *diakrinein* se encuentra en Mt 16, 3; 21, 21; Mc 11, 23 pero tampoco se refiere al discernimiento cristiano.

por Dios. Por eso, ser totalmente hombre puede ser considerado como la manifestación más preclara de ser totalmente Dios.

En definitiva, Jesús fue en todo igual a nosotros, menos en el pecado (Heb 2, 18; 4, 15); es más, y la afirmación paulina es muy fuerte, «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.» (2Co 5, 21). Con palabras sencillas: Jesús vivió, luchó y murió entre dificultades, tensiones, conflictos... y, por eso, aunque sinópticos y Juan no nos hablen explícitamente de ello, tuvo que discernir, que buscar en su vida cotidiana «lo que agradaba a Dios». Y la pregunta se impone: ¿Cuáles fueron los criterios de búsqueda de Jesús? Porque la última pretensión de la tarea del discernimiento es seguir a Jesús, configurarnos con Él en la luz del Espíritu de Dios para responder a la voluntad de Dios Padre.

Los evangelios insisten en que Jesús siempre actuó en sintonía con la voluntad de Dios, el Padre del cielo (Mt 6, 10; 7, 21; 12, 50; 26, 50; Mc 3, 35; Lc 22, 42). La voluntad de Dios era su verdadero alimento (Jn 4, 34). Y esta fidelidad radical fue llevada hasta el extremo (Mt 26, 42; Lc 22, 42).

Insisten también, no tienen inconveniente en declarar, que el actuar de Jesús provoca, a veces, escándalo (Mt 11, 6; 13, 57; 15, 12; 26, 31; Mc 6, 3; 14, 27; Lc 7, 23; Jn 6, 61; 16, 1). Es decir, el criterio de actuación de Jesús no consistió sin más en la adecuación de su vida a la ley establecida con la pretensión de presentarse como vida ejemplar, edificante, aprobada y plausible para la sociedad judía de su tiempo.

Pero también mantienen que esta falta de adecuación a lo prescrito no tiene su origen en un simple rechazo de la ley, santa para todo judío. Jesús no quiere derogarla (Mt 5, 17-37), sino, precisamente, llevarla a su pleno cumplimiento: el amor que se encarna en piedad (hospitalidad para el diferente) y misericordia (perdón y bendición).

Está dicho más arriba y lo subrayamos: la tarea del discernimiento no remite al conocimiento y aceptación de unos ideales éticos,

sino a la conclusión de un diálogo personal, un diálogo de amor, con Aquel que sabemos que nos ama (oración afectiva y, por eso, efectiva), para que experimentando el amor nos dispongamos a amar a los demás, sobre todo a aquellos a los que nadie ama.

Pues bien, la pregunta que debe ser respondida podría formularse así: ¿por qué Jesús fue tan libre respecto a las normas religiosas de su tiempo, y tan exigente, tan radical, en lo que respecta al amor, a la justicia, a la cercanía con los desheredados? ¿Por qué quiso llevar la Ley a su cumplimiento, estableciendo un radical y novedoso fundamento para la acción humana?

Y para responder tenemos que remitirnos, como anunciábamos más arriba, a la experiencia de discernimiento que la catequesis de la comunidad primitiva nos invita a saborear: el bautismo que recibe de manos de Juan el Bautista (Mt 3, 13-17), donde el cielo se abre; el Espíritu viene sobre él; y la voz del Padre se pronuncia con claridad asignándole no solo una misión, sino un modo de llevarla a cabo: «Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto» (Mc 1, 11) que, como es sabido, remite a la misión del Siervo doliente (Is 42, 1 ss.), bellamente definida en Is 53, 12: «... por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores.»

Es decir, la voz del Padre no solo revela la identidad del Hijo, sino también su misión y el modo de llevarla a cabo. No sólo declara el sentido último, finalidad, de la vida de Jesús: la salvación de todos los seres humanos, sino además un modo, un estilo, de llevar a cabo tal finalidad: la solidaridad con todos los pecadores y desheredados de la tierra. La alegre noticia de Jesús, el Hijo de Dios, no puede seguir el esquema, soñado por muchos, de los honores, el esplendor y la gloria, sino que tiene que asumir los rasgos insólitos de la debilidad, la lucha y el sufrimiento⁷.

⁷ Y aquí conviene una parada para repasar Gn 22: el sacrificio de Isaac, donde Abraham será puesto a prueba, aunque el ángel suspenda el sacrificio. ¿Por qué no se suspende el sacrificio de Jesús?

Brevemente: el Padre del Cielo no indica solo un fin a lograr sino también un *cómo* para alcanzar dicho fin. Y dicho *cómo* aparece tan importante como el *fin*.

Y un nuevo criterio de discernimiento se configura como advertencia fuerte para clarificar su tarea: el ser humano puede engañarse o ser engañado con mayor facilidad respecto a los medios que respecto a su fin.

Recordemos que las palabras de la serpiente, pecado original, remiten al deseo último, al fin final del corazón humano: querer la misma vida de Dios (Gn 3, 1ss) -no invita, pues, a abandonar el fin de la creatura-; pero ofreciendo un medio que separa del querer de Dios: comer del árbol de la ciencia del Bien y del Mal, es decir, querer ser dios sin Dios. Y recordemos, también, que los sinópticos establecen una profunda relación entre el bautismo de Jesús y las tentaciones, que no son sino la prolongación del bautismo, porque es el mismo Espíritu que se ha posado sobre Jesús (Mc 1, 10 par) quien lo lleva al desierto (Mc 1, 12 par) para que el diablo, el mal espíritu, lo pusiera a prueba. Y el tentador no propone que Jesús se separe de su fin, es decir de su proyecto mesiánico de salvación («si eres el Hijo de Dios...»), sino que le ofrece un camino distinto y, quizá para algunos, más eficaz que el camino señalado al Siervo doliente: salvar y liberar mediante el prestigio, el poder, la dominación, lo opuesto a la humilde solidaridad con los pecadores y los desheredados.

Y Jesús rechaza la tentación y la tendrá que ir rechazando a lo largo de todo su caminar (Mt 4, 10: «Apártate de mí, Satanás»; Mt 16, 23: «... ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!») hasta culminar en la petición que ofrece, con fuerte fundamento histórico -no construcción catequética- Lc 22, 40 par.: «velad conmigo y orad para no caer en la prueba»⁸, es decir, para no abandonar el camino que muestra que solo el amor salva: entrega incondicional, muerte en cruz entre pecadores y malhechores,

⁸ La conciencia de esta petición, su contenido, es tan fuerte que la tradición textual siente la necesidad de suavizarla y en Jn 12, 27 se transforma en: «mi alma está turbada»

entrega de la vida para que otros tengan vida (Jn 10, 10), humilde solidaridad sin límites.

4. La práctica del discernimiento personal y comunitaria en la vida cotidiana: sus reglas

4.a. Una advertencia previa

No voy a referirme al discernimiento en situaciones de decisión extraordinaria por dos razones:

- *Porque el discernimiento es una tarea para realizar en la vida cotidiana. Sin esta fidelidad cotidiana, el discernimiento en situaciones extraordinarias es casi imposible. Falta la sensibilidad afectiva para saborear la voz de Dios.*
- *Porque la tarea del discernimiento en situaciones extraordinarias requiere siempre el acompañamiento personal, lo cual exige no sólo establecer reglas para el acompañado sino también, y ante todo, para el acompañante. Enfrentaremos esta tarea en la segunda parte de nuestra reflexión*

4.b. Las reglas de discernimiento

Si se ha asimilado la reflexión realizada, se podrá concluir que la finalidad última del discernimiento no es ni la formulación de ni la conformación con principios teóricos de acción, sino un diálogo personal con el Padre posibilitado por el amor que el Espíritu ha derramado en el corazón humano para que sigamos el camino de su Hijo Amado.

Brevemente: no es una técnica humana para resolver conflictos, sino una llamada a la experiencia mística, a la experiencia espiritual (ser fieles al Espíritu), a la profunda y radical vida de oración (encontrar a Dios en todas las cosas).

Y todo verdadero diálogo de amor es un diálogo en libertad. El discernimiento es camino de liberación. La libertad de los hijos de

Dios para cumplir con su voluntad es su fin último. Seguir al Espíritu no es privilegio de algunos, es tarea de todo cristiano. La Palabra de Dios atestigua que la tarea del discernimiento es la tarea donde todo creyente se juega su identidad.

Cuando se leen los textos que hablan de discernimiento, llama la atención su imprecisión a la hora de marcar objetivos. Jamás dan normas precisas. Por el contrario, su amplitud es siempre reconfortante. Pero de esta amplitud, de esta anchura, se deriva una tremenda exigencia. Porque la «sabiduría que baja de lo alto es en primer lugar, pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía. Frutos de justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz.» (St 3, 17-18) y, por eso, dicha sabiduría invoca a la máxima entrega de la vida que, para un seguidor de Jesús, el Cristo es siempre entrega Pascual:

El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo. (1Co 2, 14-16)

En definitiva, y pasamos inmediatamente a la formulación de las reglas de discernimiento, se trata de aceptar que con la venida de Jesús, el Cristo, con su muerte y resurrección, se ha producido una transformación radical en las relaciones del ser humano con Dios. Esta transformación consiste en que la ley externa ya no determina la vida humana, porque el ser humano es hijo de Dios, filiación, que, por eso, exige, hijos de un mismo Padre, relaciones de fraternidad: «que todos sean uno para que el mundo crea» (Jn 17, 21-23). La Palabra es suficientemente clara:

Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! (Gal 4, 4-6)

Y desde esta gran sabiduría vamos a formular las reglas del discernimiento. Son muchas las formulaciones que la espiritualidad cristiana ha dado de ellas. Puede afirmarse de una manera general que todas las escuelas de espiritualidad han creado sus propias reglas. Presentaré, creo que con sencillez, el denominador común de todas ellas, convirtiéndolas en criterios prácticos de acción.

El principio de las reglas es claro: liberarnos de todo aquello que impide experimentar la acción del Espíritu en el corazón humano: «Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud» (Gal 5, 1). Y su formulación sería la siguiente:

- **Regla teológica:** *Dios comunidad de personas-*: decide con libertad, pero procura siempre que tu acción engendre o regenere la vida de la comunidad.
- **Regla cristológica:** *Camino Pascual: humilde solidaridad-*: decide con libertad, pero procura siempre que tu acción te vaya acercando cada vez más a los pobres y desheredados de la tierra, para poder ser la voz que los que no tienen voz.
- **Regla pneumatológica:** *Creatividad del Espíritu: va y viene...-*: decide con libertad, pero procura siempre que tu acción impida la rutina (cumplimiento, ritualismo, vida sin esperanza) que quiebra la creatividad del amor.
- **Regla antropológica:** *los frutos del Espíritu en la vida humana-*: decide con libertad, pero procura siempre que tu acción engendre en tu vida y en la vida de los demás: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí (Gal 5,22).

Su aplicación es sencilla: mira una semana, un mes, un año de tu vida y pregúntate con verdad: ¿las decisiones que has ido tomando y que han configurado tu vida han engendrado comunidad o te han ido encerrando en ti mismo, en tu propio querer e interés? ¿Las decisiones que has ido tomando te han configurado como la voz

de los que no tienen voz desde la aceptación del Misterio Pascual o tu vida está cada vez más alejada de ellos? ¿Las decisiones que has ido tomando han quebrado tu vida rutinaria, han abierto en ti la luz de la esperanza que abre siempre la creatividad de la caridad o cada vez más la oscura rutina se ha apoderado de tu proyecto vital? ¿Las decisiones que has ido tomado te han permitido experimentar amor, alegría, mansedumbre... o cada vez vives más crispado, con menos paciencia, con menos capacidad para la escucha y la misericordia...? Y después decide, decide con libertad, atrévete a ponerte en camino obedeciendo al amor.

Observemos que la tarea del discernimiento abarca todas las dimensiones temporales de la vida humana: se trata de iluminar el pasado (verificación experiencial) para descubrir la situación presente (acogerse en verdad, describir con sinceridad, evaluar y discernir -separar el bien del mal-) en vista a un nuevo futuro (anticipado con la imaginación espiritual: ¿dónde me lleva mi decisión: comunidad, humildad solidaria, creatividad, alegría?), que busca siempre lo que más agrada a Dios o, también, que aspira a cumplir siempre con mayor fidelidad su voluntad.

4.c. Un posible camino práctico para mantener el discernimiento en la vida cotidiana

Todos los maestros espirituales confirman que la puerta de entrada al discernimiento, que tiene que llegar a ser hábito espontáneo en la vida del creyente, es el examen de vida. Una parada (acción que interrumpe nuestro hacer), un diálogo cuidado, que procura, desde una doble experiencia: la de pasado (verificación) y la de futuro (imaginación espiritual), pasar de la una a la otra (decisión libre: presente) provocando un proceso de maduración personal ante Dios. Por eso, el examen no trata de enfrentarnos a nuestro «ideal de yo», sino de confrontarnos con nuestro «yo real», aquí y ahora, para que la presencia de Dios, que siempre es afectiva (consuelo y desconsuelo: no se trata de manejar ideas), pueda iluminar nuestro caminar. ¿Cuáles son los pasos de este examen?

- **Gratuidad:** *dar gracias a Dios por los dones recibidos, sobre todo por el don de la vida, porque nos permiten seguir caminando en su presencia, acompañados por él. Se trata de que el protagonista del examen sea el Espíritu, que derrama su gracia en nuestros corazones tal y como son, tal y como están (yo real); y a la luz de esta gracia, de esta gratuidad, de esta experiencia de amor, confrontar nuestra respuesta de amor.*
- **Verificación (pasado):** *Desde la luz de la gracia comenzamos, pasado, el proceso de verificación. No se trata de pensar, ya habrá tiempo para ello, sino de experimentar afectivamente nuestra situación:*
 - *Ante Dios: ¿me siento cercano o distante de Él? ¿Estoy aburrido de Dios? O cuando me pongo en su presencia y contemplo su «rostro», ¿siento gratitud? ¿siento alegría? O ¿noto vergüenza? O ¿noto miedo?*
 - *Ante los hermanos: ¿cuál es mi actitud ante ellos? ¿Amable? ¿Pasivo? ¿Positivo? ¿Hay alguna relación en particular que haya sido especialmente buena (para agradecer) o amarga (para transformar)?*
- **Atención (presente):** *Y desde lo sentido, ¿cómo me siento conmigo mismo? ¿Enfadado conmigo mismo? ¿Duro conmigo mismo? ¿Me soporto o soy insoportable para mí mismo? ¿Estoy contento conmigo mismo? Y repasamos los tres momentos anteriores: ¿cuál me ha resultado más intenso?, es decir, ¿dónde he sentido la respuesta emocional más profunda (el signo de la llamada de Dios) en el aquí y ahora de mi vida?*
- **Expectación (futuro):** *Y, ahora sí, la prudencia racional para tomar una decisión: ¿Qué le gustaría a Dios que cambiase? ¿Qué cambios graduales debo acometer? ¿Qué debo rechazar? (es el momento de la imaginación espiritual y de la aplicación de las reglas de discernimiento).*
- **Gratuidad:** *y comenzamos en Dios y acabamos en Él pidiéndole*

su presencia y su compañía para el camino.

Y nuestra psicología se va acostumbrando (hábito espontáneo) a agrandar a Dios en todas las cosas y preparando para el discernimiento en situaciones extraordinarias.

4.d. Un posible camino práctico para discernir comunitariamente: la conversación espiritual

Cuando la conversación comunitaria se oriente a tomar una decisión es necesario que incluya el discernimiento, que exige, como hemos visto, un modo de escuchar y de hablar que quiere ser fruto del Espíritu del Señor. Es decir, la conversación en comunidad exigirá afinar nuestra escucha para poder atender a los movimientos (mociones) espirituales propios, de los demás y de la comunidad (profundizaremos más en la segunda parte de nuestra reflexión).

El punto de partida tiene que ser siempre una actitud hospitalaria hacia los demás. Se supone y se acepta el hecho de que todos tratan de acoger una Palabra que viene de lo alto, del Espíritu, que se encarnará posteriormente en la propia expresión vital. Recordemos las palabras de Ignacio en sus Ejercicios Espirituales, n.º 22:

Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo, que ha condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende, y, si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve.T

Y, también, y sobre todo, nuestras Constituciones, n.º 16:

Colaborem todos y cada uno incesantemente en la edificación de la Comunidad. Usemos siempre palabras llenas de humildad y caridad. No lesionemos nunca la amistad, ni sembremos discordias, ni discutamos entre nosotros, ni murmuramos de cosa alguna. No juzguemos nunca a los hermanos, ya que el Señor es el único juez, ni nos atrevamos a sospechar de ellos. Excusemos la intención, aun cuando no podamos justificar la obra. Sepamos perdonar a todos con espíritu generoso, si alguno tiene contra otro algún motivo de queja.

Sin este deseo de confianza y lealtad que permite que todos puedan expresarse con libertad y franqueza no es posible ningún tipo de discernimiento. Pero, entonces, no se trata de abandonar la *colaboración de todos y cada uno en la edificación de la Comunidad*; se trata de discernir personal y comunitariamente *por qué, cuál es la causa de no poder discernir en comunidad*. Un buen tema de discernimiento comunitario.

Y la dinámica concreta puede ser esta o parecida a esta:

- *Definir bien lo que lo que se quiere discernir de tal forma que el tema quede claro para todos los que participan en la conversación. Y no olvidar que no se trata solo de discernir sobre fines (estos ya se suponen: mejorar la escucha de Dios para poder cumplir con su voluntad y anunciar su Buena Nueva), sino de discernir los medios que conducen (prudencia racional) más adecuadamente aquí y ahora a dichos fines.*
- *Tiempo personal. Se trata de experimentar afectivamente en la interioridad las resonancias (afectividad) que el tema formulado suscita en la interioridad de cada participante. Comienza el camino del discernimiento.*
- *Puesta en común de las resonancias (mociones) y de las posibles acciones (imaginación espiritual) que han surgido. Se trata ahora de escuchar activamente (no de juzgar, eso llegará; primero, escuchar) hospedando, dejándome traspasar por la palabra del otro. Cuando escuchamos así no preparamos nuestra intervención, sino que ponemos toda nuestra atención en la otra persona, en lo que está comunicando.*
- *Tiempo personal: lo escuchado nos afecta, provoca en nuestra interioridad mociones. Y se trata, ahora, de elaborar personalmente lo que hemos escuchado. Uno de los efectos más positivos de la conversación espiritual, del discernimiento común, es que nos mueve y nos saca de donde estábamos. Es la escucha atenta que siempre abre la experiencia de vulnerabilidad. Un*

bello ejemplo de esta escucha vulnerable es la conversación de Jesús con la mujer sirofenicia (Mc 7, 24-37).

- *La propuesta de posibles caminos, insistimos: medios, para avanzar en la fidelidad al querer de Dios, sabiendo que algunas veces se llegará a una decisión unánime; otras, tendremos que votar; y, en ciertas ocasiones, la decisión última está en manos del que ejerce el servicio de autoridad en la comunidad. Lo importante es que tengamos la seguridad de que hemos hecho todo lo posible para encontrar el querer de Dios. La gracia, es nuestra fe, irá haciendo su obra, irá haciendo lo demás.*

Terminemos con un bello texto de las Colaciones de Casiano:

Y, ante todo, cualquier pensamiento que se desliza en nuestro corazón, cualquier máxima que se nos sugiere, examinémoslos con suma diligencia. Debemos considerar si está en plena consonancia con la norma suprema del Espíritu Santo y resiste la prueba del fuego divino o... si proviene de la pedertería e hinchazón propias de la filosofía del siglo, aunque en lo exterior se nos proponga con capa de piedad.⁹



⁹ Casiano, J. *Colaciones*. Rialp, Madrid, 2019, Vol. I, I, XX, p. 30.

II

La conversación o diálogo espiritual, experiencia pedagógica que enseña al corazón humano a discernir

Desde los primeros siglos de la Iglesia hasta nuestros días, se ha practicado el consejo espiritual, llamado también dirección, guía y acompañamiento espiritual. Se trata de una praxis milenaria que ha dado frutos de santidad y de disponibilidad evangelizadora. El Magisterio, los Santos Padres, los autores de escritos espirituales y las normas de vida eclesial hablan de la necesidad de este consejo o dirección, sobre todo en el itinerario formativo y en algunas circunstancias de la vida cristiana. Hay momentos en la vida que necesitan de un discernimiento especial y de acompañamiento fraterno. Es la lógica de la vida cristiana. Es necesario redescubrir la gran tradición del acompañamiento espiritual individual, que ha dado siempre tantos y tan preciosos frutos en la vida de la Iglesia. El consejo o dirección espiritual ayuda a distinguir «el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1Jn 4, 6) y a «vestirse del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad de la verdad.» (Ef 4, 24)¹⁰

¹⁰ Congregación para el clero: *El sacerdote, confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*. BAC -documentos, p. 77.

1. Introducción: un primer acercamiento al diálogo espiritual

La sabia Tradición de la Iglesia reconoce en el *diálogo* o *conversación espiritual* uno de los más eficaces instrumentos pedagógicos para que el corazón humano vaya adquiriendo la sabiduría necesaria para responder a las exigencias del discernimiento cristiano y, así, cordialmente, desde el corazón, poder configurar todas las dimensiones de la vida personal desde «lo que agrada a Dios».

Por eso, es necesario, sin prisas, con parsimonia, con sosiego, definir con claridad las dinámicas que posibilitan el *diálogo* o *la conversación espiritual*. Empezaremos matizando, brevemente, el concepto «diálogo» para, posteriormente, enfrentar el profundo significado teológico del concepto «espiritual», porque «la vida cristiana es «camino», es «vivir del Espíritu» (cfr. Gal 5, 25), buscando sintonía, relación, configuración con Cristo, para participar de su filiación divina: «todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios» (Rm 8, 14). El *diálogo espiritual*, por eso, tendrá como primera finalidad distinguir «el espíritu de la verdad y el espíritu del error (1Jn 4, 6) para «revestirse del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad de la verdad» (Ef 4, 24)»¹¹.

El «diálogo» no es ni solo «charla» ni solo «debate/discusión». La «charla», más o menos íntima, pone en primer plano la relación interpersonal; se trata de hablar familiarmente con una o varias personas, sin preocupación explícita por las implicaciones que lo comunicado pueda tener en la vida personal. El «debate/discusión» remite siempre a las exigencias lógicas que exige la búsqueda de la verdad, de la objetividad. Implica, por eso, una comunicación de ideas entre los interlocutores, sin preocupación explícita por las dimensiones psicoafectivas de los que participan en la discusión.

¹¹ Congregación para el clero: *El sacerdote, confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*. BAC -documentos, 77.

Pues bien, el «diálogo» o «conversación»¹² busca armonizar, precisamente, las exigencias de orden psicológico y lógico, de la subjetividad y de la objetividad, de la persona y la verdad. Brevemente: no hay *diálogo* cuando el encuentro interpersonal queda reducido o a charla o a debate/discusión. Veremos más adelante que una de las mayores dificultades para el logro de la *conversación espiritual* es, precisamente, dialogar con claridad sobre la propia experiencia vital asumiendo el riesgo -apertura y disponibilidad- de que una Verdad pueda sorprender, desnudar la propia vida ofreciendo un insospechado futuro.

Permítasenos recordar, con una cita larga pero que no conviene recortar, la bella definición que Pablo VI en *Ecclesiam suam* (38) ofrece del diálogo humano teniendo como trasfondo el diálogo que Dios mantiene con el ser humano:

«El diálogo es, por lo tanto, un modo de ejercitar la misión apostólica; es un arte de comunicación espiritual. Sus caracteres son los siguientes: 1) La claridad ante todo: el diálogo supone y exige la inteligibilidad, es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre; bastaría este solo título para clasificarlo entre los mejores fenómenos de la actividad y cultura humana, y basta esta su exigencia inicial para estimular nuestra diligencia apostólica a que se revisen todas las formas de nuestro lenguaje, para ver si es comprensible, si es popular, si es selecto. 2) Otro carácter es, además, la afabilidad, la que Cristo nos exhortó a aprender de sí mismo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29); el diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso. 3) La confianza, tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte

¹² Se piense en el parecido etimológico entre «conversar» (del latín *conversare*: prefijo *cum-*: junto a, en compañía de alguien; *-versare*: hacer girar, hacer dar vueltas) y «convertir» (del latín *convertere*: prefijo *-cum-*; *-vertere*: hacer girar, volver)

del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad; entrelaza los espíritus en una mutua adhesión a un Bien, que excluye todo fin egoísta. 4) Finalmente, la prudencia pedagógica, que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye (cf. Mt 7, 6): si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil, y se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible. Cuando el diálogo se conduce así, se realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor. En el diálogo se descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la luz de la fe y cómo es posible hacerlos converger a un mismo fin. Aun siendo divergentes, pueden llegar a ser complementarios, empujando nuestro razonamiento fuera de los senderos comunes y obligándolo a profundizar en sus investigaciones y a renovar sus expresiones. La dialéctica de este ejercicio de pensamiento y de paciencia nos hará descubrir elementos de verdad aun en las opiniones ajenas, nos obligará a expresar con gran lealtad nuestra enseñanza y nos dará mérito por el trabajo de haberlo expuesto a las objeciones y a la lenta asimilación de los demás. Nos hará sabios, nos hará maestros»

Y profundicemos, ahora, en el concepto «espiritual». Después del esfuerzo postconciliar por recuperar los dinamismos comunitarios de la fe -Iglesia, Pueblo de Dios-, casi todos hemos llegado a la conclusión de que dichos dinamismos carecen de una adecuada fundamentación si no van acompañados de fuertes procesos de personalización. Desde este convencimiento, la *conversación o diálogo espiritual* se presenta como una gran urgencia pastoral en los procesos de maduración de la fe, tanto en la dimensión personal (acompañamiento o dirección espiritual -discutiremos posteriormente la adecuación de estos títulos-) como en la dimensión comunitaria (las dinámicas del Sínodo de la Sinodalidad). Sería muy largo y hasta desproporcionado comentar todas y cada una de las intervenciones del magisterio ordinario sobre la naturaleza, la finalidad, los destinatarios y los diferentes modos de llevar a cabo la, repetimos, urgencia pastoral de la *conversación o diálogo espiritual*.

Nos conformaremos con nombrarlos en nota¹³, pero no sin dejar de señalar que todas las intervenciones subrayan con fuerza el primado del Espíritu Santo, la centralidad de su presencia que hay que aprender a reconocer para encontrar lo que en verdad «agrada a Dios».

Este subrayado, como veremos, no solo libera a la denominada tradicionalmente *dirección espiritual* de indebidas interpretaciones -sobre todo del exceso de directividad que, a veces, y con razón, provoca su rechazo-; sino que obliga además a precisar con máximo rigor las actitudes de los participantes en el *diálogo espiritual*, que siempre exigirá, en su radical fundamento, una adecuada relación entre Palabra, que remite a dimensiones objetivas y universales de la fe, y Espíritu, que remite a las llamadas personales que encarnan en la historia dicha objetividad. Brevemente: la *conversación o diálogo espiritual* requiere siempre Palabra y Espíritu, es decir, verdad y vida. Una vida sin verdad nos separa del querer de Dios; pero también nos separa del querer de Dios una verdad sin vida. Por tanto, ni Palabra sin Espíritu ni Espíritu sin Palabra. Se trata de no olvidar

¹³ Recogemos los que consideramos más significativos: CONCILIO VATICANO II; *Presbyterorum ordinis*, nn. 6. 9. 11. 18; *Optatam totius*, nn. 3. 5. 8. 19. 22; *Perfectae caritatis*, nn. 14. 18. 24; *Apostolicam auctoritatem*, n. 30; CODEX JURIS CANONICI, can. 239, §. 2; can. 240; can. 246, §. 4; can. 719, §. 4; JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, nn. 56. 58; SÍNODO DE OBISPOS, VIII Asamblea General ordinaria, *La formación de los sacerdotes en la situación actual*, Instrumentum laboris, nn. 48. 49; JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 40c. 50d e f. 66a-d. 81c; CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, Directrices sobre la preparación de los formadores en los seminarios, (3 nov. 1993), nn. 44. 61. DICASTERIO PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *La vita fraterna en comunidad*, (2 febrero 1994), n. 50; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros (31 enero 1994), nn. 54. 76; JUAN PABLO II, *Vita consacrata*, 39b. 44.b. 58d. 64d. 66. 95c. 103.; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina* (9 marzo 2011), n. 64-134; BENEDICTO XVI, Facultad Pontificia Teológica Teresianum (19 marzo 2011); FRANCISCO, *Lumen fidei*, n.35; *Evangelium gaudium*, nn. 70. 169-173; *Laudato sí'*, n. 235.; *Amoris laetitia*, nn. 36, 38, 46, 52, 78, 108, 199, 204, 207, 209, 211, 217, 222, 223, 227, 230, 232, 234, 241, 242, 243, 246, 250, 253, 255, 260, 288, 291,293, 294, 299, 300, 308; *Gaudete et exultate*, n. 110 ; *Christus vivit*, nn. 65-67, 242-247, 291-298. Documento final del Sínodo de la Sinodalidad 2024, 12, 18, 24, 30, 36, 42, 48, 54, 60, 66, 72.

que la ortodoxia (el recto pensar de la fe) tiene que encarnarse en la vida cotidiana en una ortopraxis (el recto actuar de la fe) y que la mediación que permite esta unidad será siempre la ortopatía (el recto sentir de la fe: *tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo...*: Flp 2, 5¹⁴).

Y podemos explicitar aún más la nombrada finalidad fundamental del *diálogo espiritual*: ordenar adecuadamente desde la luz del Espíritu el mundo afectivo -único, original e irrepetible: vida personal (ortopatía)-, para que pueda darse, precisamente, una personalizada unidad entre ortodoxia y ortopraxis, es decir, «revestirse del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad de la verdad» (Ef 4,24)». Por eso, y terminamos este primer acercamiento, la *conversación o diálogo espiritual* nunca podrá reducirse ni a instrucción teológica (aunque a veces pueda ser necesaria) ni a instrucción moral (aunque también, a veces, pueda necesitarse).

¹⁴ ablo no emplea el término "páscho" (pásjo), sino el verbo phronéō. El primero significa "sufrir", "padecer", "experimentar", "estar afectado de una u otra manera"; el segundo tiene un campo semántico amplio: "tener entendimiento", "pensar y sentir", "pensar", "opinar"; pero también "sentir", "tener sentimientos". Páthos significa "todo lo que uno experimenta o siente", y también "estado de alma", "disposición moral" (la variedad de sentimientos que experimentamos, sean placer o aflicción, amor u odio), y también "afecto", "pasión". Por su parte, phronésis significa "espíritu", "mente", "inteligencia", "manera de pensar", "razón", "sentimientos", *especialmente* elevados (nobleza, valor, etc.); "propósito"; "cordura", "sensatez". Los términos no son del todo sinónimos, pero que comparten parcialmente el campo semántico. En el texto de Pablo se trata de actitudes o sentimientos que se pueden cultivar en las relaciones mutuas. Pienso que, haciendo una exhortación, no puede decir "páschete", que indica la afección que produce en las personas un factor aflictivo (un golpe, una enfermedad, una desgracia), pero también la afección causada por un factor favorable (al menos existe la expresión "eu páschein": "ser feliz"). Más que de afecciones se trata de disposiciones que se adoptan y sobre las que se tiene cierta capacidad de modelación o dominio. En síntesis, si se entiende "ortopatía" en el sentido amplio de afección o actitud o disposición o sentimiento digno que podemos cultivar, es adecuada la cita de Flp 2,5.

2. El diálogo espiritual de Dios con el ser humano: persona/comunidad

Profundizamos, ahora, segundo paso, en la dinámica que exige la *conversación o diálogo espiritual*. Son muchos los textos bíblicos que pueden ser ofrecidos para mostrar cómo el diálogo pedagógico de Dios, que llega a su culmen en Jesús de Nazaret, el Cristo, va configurando la identidad espiritual -vida en el Espíritu- de su pueblo. Pero, en mi experiencia personal, Dt 32, 1-12¹⁵ refleja con suma claridad esta iniciativa divina de conformación (educación) de los seres humanos, porque manifiesta claramente ese delicado equilibrio entre exigencia y ternura que todo buen pedagogo, que todo buen acompañamiento tiene que mantener.

Prestad oído, cielos, que hablo yo, escuche la tierra las palabras de mi boca. Como lluvia se derrame mi doctrina, caiga como rocío mi palabra, como blanda lluvia sobre la hierba verde, como agua-cero sobre el césped. Porque voy a aclamar el nombre de Yahveh; ¡ensalzad a nuestro Dios! Él es la Roca, su obra es consumada, pues todos sus caminos son justicia. Es Dios de la lealtad, no de perfidia, es justo y recto. Se han pervertido los que él engendró sin tara, generación perversa y tortuosa. ¿Así pagáis a Yahveh, pueblo insensato y necio? ¿No es él tu padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó? Acuérdate de los días de antaño, considera los años de edad en edad. Interroga a tu padre, que te cuente, a tus ancianos, que te hablen. Cuando el Altísimo repartió las naciones, cuando distribuyó a los hijos de Adán, fijó las fronteras de los pueblos, según el número de los hijos de Dios; mas la porción de Yahveh fue su pueblo, Jacob su parte de heredad. En tierra desierta le encuentra, en la soledad rugiente de la estepa. Y le envuelve, le sustenta, le cuida, como a la niña de sus ojos. Como un águila incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así el despliega sus alas y te toma, y le lleva sobre su plumaje. Sólo Yahveh le guía a su destino, con él ningún dios extranjero.

¹⁵ Las reflexiones que se ofrecen son notas personales tomadas de una conferencia del Cardenal Martini. Siento no saber si esta publicada.

El texto propuesto expresa, primero, la que debe ser persuasión constante en la vida de fe: Dios guía a su Pueblo y, por eso, la preocupación mayor de la persona de fe tendría que ser escuchar (ob-audire) esta guía sabia, amorosa, incansable, porque solo desde la experiencia de este «diálogo» puede descubrir el proyecto divino sobre su historia y sobre la Historia (guía a su destino).

Ahora bien, este diálogo comporta, a veces, momentos de ruptura con el pasado (la tierra reseca; la soledad rugiente de la estepa); se cumple a través de gestos de atención y de amor (envuelve, sustenta y cuida); comporta una elevación profunda (despliega sus alas y te toma, y te lleva sobre su plumaje); y exige una confianza absoluta (con él ningún Dios extranjero).

Estoy convencido de que una recta comprensión del *Dios que acompaña a su pueblo: persona/comunidad* constituye la verdadera luz que desvela las actitudes que deben hacerse presente en todo *diálogo espiritual*: la importancia de la libertad; el sumo respeto que se debe al acompañado; la renuncia a toda manipulación porque solo en el santuario de la conciencia, en el «corazón», acontecen las decisiones definitivas; la constante escucha y la plena confianza en el actuar de Dios que invoca y provoca la libertad humana (autonomía personal). Pero este absoluto respeto por cada ser personal no busca solo su desarrollo y perfeccionamiento, sino, también, el servicio al proyecto de maduración de la comunidad¹⁶. Brevemente: la madurez de cada ser personal solo es posible en la madurez de la comunidad; y la plenitud de la comunidad presupone la madurez de sus miembros.

La razón penúltima de esta difícil pero bella dialéctica es la naturaleza comunitaria de la persona: nadie alcanza su plenitud sin un espacio comunitario apropiado. La razón última, es que

¹⁶ En la Escritura comunidad e individuo están íntimamente entrelazados. Como es sabido, a veces no es fácil determinar si un texto se refiere a una persona singular o al pueblo entero. Y, también, muchos textos dirigidos al pueblo pueden ser aplicados a la historia de cada persona (cf. ejemplo: Os 2, 16ss.: comunidad/persona; Sal 50: persona/comunidad)

toda persona está llamada a la comunión con Dios Trinidad, Dios Comunidad; es decir, a la constitución de un solo cuerpo donde Jesús, el Cristo, Verbo encarnado, sea todo en todos (Ef 1, 3-23; Col 1, 15-20). Nuestra fe confiesa que esta inquebrantable relación se expresa en la Iglesia: el pueblo liberado por Dios para vivir en libertad. Y es en la Eucaristía, especialmente en la celebración dominical, donde se expresa de manera privilegiada la llamada personal y comunitaria a formar un solo cuerpo con el único cuerpo del Señor (1 Cor 10,17) para ser así signos históricos de la comunión trinitaria.

Pues bien, la dinámica que implica la invocación y provocación de Dios a configurar la propia vida desde la dialéctica personal/comunidad abre un claro camino pedagógico caracterizado:

- **Por la gradualidad y la progresividad (proyecto):** *la sabiduría de Dios siempre parte de la situación real de la personal/comunidad acompañada. Aunque la situación sea desastrosa, Dios siempre ofrece la posibilidad (piedad: acogida; misericordia: respuesta cordial a la miseria) de seguir caminando. Ni una exigencia excesiva ni una condescendencia acomodaticia, sino una invocación y provocación a la libertad que, si es acogida, abre la posibilidad de reiniciar el camino de la fidelidad. Brevemente: partiendo de la situación real de la persona/comunidad, Dios propone un itinerario, un camino que puede y, por eso, debe ser recorrido.*
- **Por la conflictividad y energía:** *sería erróneo concebir el camino que Dios ofrece como un simple proceso evolutivo, como una continua sucesión de pasos siempre más exigentes. A veces, el camino de la fidelidad exige el momento fundamental de la ruptura, ese momento que denominamos «conversión» (μετάνοια: cambio de «mente»), y siempre debemos recordar que la conversión más difícil es la de los «buenos», aquellos que por cumplir con la «ley», se olvidan de buscar lo que «agrada a*

Dios» (cf. Mc 10, 17-22). Una de las exigencias fundamentales del arte de acompañar con fidelidad será siempre ofrecer luz para distinguir con claridad cuándo es el momento de la ruptura y cuándo el de la continuidad. Por eso, el acompañamiento, a veces, se caracterizará por la resistencia y la rebelión del acompañado, que siempre exigirá ser signos, presencia real, de la infinita paciencia de Dios (cf. Sal 88; 105; 106; Neh 9, 6-37; Ex 14, 11-12; Ex 16, 3ss.). Pero, y a veces lo olvidamos en la práctica cotidiana, también exigirá ser signos, presencia real, del actuar enérgico de Dios: ni blando ni complaciente, ni resignado ni fatalista, sino comprometido, decidido, capaz incluso de reprender. Si acompañar consiste en ayudar a cada persona a encontrar su camino, parece extraño que no haya que hacer alguna vez correcciones de rumbo en un camino que de otro modo se desviaría en medios y finalidad (Cf. Ap 3, 19; Heb 12, 5-7; Jn 15, 1-2). Hoy en día, se tiende a marginar esta idea: en el mejor de los casos, se acepta que hay que advertir suavemente a alguien de que puede estar desviándose del camino, dejándole que descubra por sí mismo las desastrosas consecuencias de sus actos (hablaremos de ello más adelante).

- **Por abrir sendas de liberación:** el arte de acompañar a través del diálogo espiritual consistirá, pues, en vislumbrar proyectos que presenten con claridad las etapas, los medios, que requiere el fin que se busca, recordando siempre que la persona adulta se caracteriza: por una profunda unidad interior, fruto de la luz de la verdad; por una entrega convencida y generosa, resultado de la superación de toda forma de repliegue sobre sí mismo; por la fortaleza que supera las polifacéticas presiones ideológicas, los condicionamientos culturales y sociales, en definitiva, las presiones externas que, a veces, invitan a renunciar a los ideales de fidelidad. El proyecto de Dios es liberador: el descubrimiento de la verdadera libertad es esencial para el desarrollo tanto

de la persona (autonomía) como de la comunidad (amor). El camino que Dios invita a recorrer siempre provoca el gusto por la auténtica libertad: saca al pueblo de la tierra de la esclavitud para hacerle entrar en la tierra de la libertad (Éxodo). Y, recordemos que el evangelio de Juan (Jn 8, 31) pone en boca de Jesús -palabras pronunciadas con autoridad: «Yo soy...»- que sólo la verdad nos hace verdaderamente libres. Y que esta Verdad es el designio divino de la salvación: es libre quien sabe y acepta que su vida es don que debe ser agradecido; quien acoge con confianza el querer de Dios; quien reconoce que Dios lo ama y lo llama a realizarse en plenitud configurándose con Cristo, hombre perfecto. Es libre y feliz quien recorre los senderos abiertos por la misericordia de Dios y aprende, así, a conocer, a amar, a servir y a alabar. En definitiva, es libre quien no está dominado por el orgullo, quien no está obsesionado por su propia riqueza, por su propio deseo de perfección y, sobre todo, quien experimenta la responsabilidad de asumir como propia la fidelidad de los hermanos (persona/comunidad).

- **Por estar inserto en la historia:** porque la invocación y provocación de Dios a la libertad humana «no cae de lo alto», es decir, no consiste en ofrecer una serie de principios pedagógicos genéricos, mandamientos abstractos, instrucciones propuestas de una forma más o menos didáctica. Su acompañamiento es sumamente concreto, inserto en la historia de la persona/comunidad, capaz de estimularlos (invocación y provocación) en lo más profundo del corazón. No se trata solo de palabras. Junto a las palabras, siempre acontecen los «eventos» (Dei Verbum, I, 2), esos acontecimientos históricos que por su fuerte presencia «desnudan», obligan a la persona a replantearse el sentido de su vida. Palabras y hechos, dichos y acciones, promesas y cumplimientos, mandatos y correcciones..., en definitiva, verdadera presencia histórica, porque la realidad constituida por personas vivas, por cosas con-

cretas, por situaciones cotidianas, por motivaciones y exigencias manifiestas, por relaciones inevitables, por duro trabajo, por comunidades plurales y en evolución y por la presencia del Espíritu sabio y animador... será siempre el verdadero espacio donde el ser humano está llamado a configurar su ser según el designio revelado en Jesús, el Cristo. Arrancar a la persona de la realidad y llevarla ideológicamente a un mundo irreal, a un espacio de solo ideas o de patéticos sentimientos, será siempre lo contrario al querer de Dios. Quizá, es mi convencimiento, mucha de la fragilidad psicológica y espiritual de nuestro tiempo hunde sus raíces en modos de acompañar (tanto personales como institucionales) que ofrecen proyectos irreales, cerrados, idealistas, sentimentales (crisis de modernidad...) que, al final, solo engendran agresividad, fatiga, frustraciones y, sobre todo, desesperanza.

- **Por contar con mediaciones humanas:** *subrayemos una vez más que es Dios derramando su Espíritu en el corazón humano el actor principal del acompañamiento. Pero este subrayado no excluye, sino, al contrario, incluye las mediaciones humanas. Sin una continua conciencia sobre el misterio del Espíritu Santo no es posible, ciertamente, comprender el profundo significado del diálogo espiritual; pero, sin mediadores humanos y muy humanos la acción del Espíritu corre el riesgo de perderse. Ahora bien, quien no discierne en su intimidad la acción del Espíritu, quien no se deja conducir por Él (Rom 8, 14) no será capaz de ser testigo de su actuar en el corazón humano. Es el riesgo del diálogo espiritual: imponer las propias ideas, quebrando la llamada de Dios a la libertad. Contemplar a Jesús, el Cristo acompañando a sus discípulos y a los hombres y mujeres de su tiempo (Mc 9, 38-39; Mt 18, 21ss; Lc 7, 36-50; 10, 38-40; 18, 18-23; 24, 13-35; Jn 13, 37-38) será siempre la exigencia que tendrá continuamente que renovar el acompañante mediador. La exigencia es fuerte y, a veces, puede provocar el desánimo y el abandono de*

esta urgencia pastoral. Pero este desánimo y abandono siempre revelarán el olvido, la pérdida de conciencia, de que, como venimos subrayando, el verdadero protagonista es Dios y su Espíritu que motivan al corazón humano a la configuración con Jesús, el Cristo. Se trata de ayudar a percibir la voz del Espíritu, no de ser el Espíritu: de abrir un espacio en el corazón humano para que Él y solo Él pueda pronunciarse con libertad. Se trata no de suplantar, sino de enseñar a mirar y a acoger su presencia, su actuar.



CONCLUSIÓN

- *Dios acompaña a la persona/pueblo invocando y provocando su libertad para que los seres humanos puedan saborear la belleza de la Verdad que engendra la auténtica libertad: «la verdad os hará libres» (Jn. 8, 31)*
- *Acompañar para la libertad no quiere decir complacer o agradar, disimular la mentira, el desconsuelo, la carencia de fidelidad... Es necesario el coraje de la verdad, respetando siempre la gradualidad.*
- *Acompañar para la libertad exige, por eso, a veces, la corrección, la intervención que invita a la conversión, a la contradicción. No corregir la agresividad destructiva (egoísmo y soberbia) que impiden la auténtica relación personal/comunidad, supondrá siempre renunciar a la finalidad última de la conversación o diálogo espiritual.*
- *Ahora bien, la corrección que no nace de la piedad (hospedar al otro como es) y de la misericordia (corazón rápido para responder a la miseria), es decir, del amor, no acompaña, exaspera. Solo un amor paterno/materno es la fuente de la sabiduría que abre verdaderos caminos de libertad.*
- *Por eso, el fin último del diálogo espiritual nunca podrá ser descrito desde la pura lógica racional (more geométrico: ideas claras y distintas), porque se trata de acompañar la vida, el proceso de madurez de la persona/comunidad. Ahora bien, Dios no educa «al azar», es decir, sus intervenciones educativas no son ni ocasionales ni incoherentes. Su acompañar está siempre bajo la luz del fin último; es siempre, por eso, «actuar intencionado», aunque no sea fácil captar en cada momento el sentido de su intervención (es la exigencia de discernir las mociones del Espíritu). Lo mismo debe ocurrir en el diálogo espiritual, donde planificar no significa hacer que todo encaje en un esquema rígido, sino tener un sentido de finalidad y metas intermedias, y operar con flexibilidad y equilibrio, para mantener o llevar los distintos momentos de la vida hacia su verdadero fin (inserto en la historia): la configuración con Jesús, el Cristo.*

3. La conversación o diálogo espiritual personal

Después de haber recordado la excelencia ética del diálogo humano; de haber subrayado el protagonismo del Espíritu de Dios en el *diálogo espiritual*; y penetrado en el misericordioso acompañamiento que Dios ofrece a la persona/comunidad, conviene que precisemos en qué consiste la *conversación espiritual* personal confrontándola con otras prácticas espirituales y dialogales, con las que a veces se confunde, corriendo el riesgo de que todas ellas queden dañadas. Realizaremos esta tarea dando dos pasos: a) definiendo con claridad lo que no es la *conversación* o *diálogo espiritual* personal, comparándolo, como queda dicho, con otras prácticas espirituales y dialógicas; b) discutiendo, estaba anunciado más arriba, el valor de los «nombres» que a lo largo de la historia se ha dado a este *diálogo*. Estos dos pasos, además de derribar, espero, falsas concepciones -en muchos casos, mecanismos de defensa- que impiden asumir esta urgencia pastoral, permitirán definir positivamente en qué consiste el *diálogo espiritual* personal.

3.a. Lo que no es la *conversación* o el *diálogo espiritual* personal

- **No puede ser confundido con el sacramento de la Reconciliación:** *la relación entre el acompañante y el acompañado es totalmente diferente de la que se establece entre sacerdote y penitente. Y esto por dos razones:*
 - El sacerdote en el Sacramento es «autoridad», juzga y actúa *in persona Christi* en virtud del sacramento del Orden. El acompañante ni es autoridad, ni impone nada: su misión es crear un «espacio/tiempo» donde pueda experimentarse la acción del Espíritu en el corazón humano (tanto en el acompañante como en el acompañado). Confundir el *diálogo espiritual* personal con el sacramento de la Reconciliación comporta daños graves para la comprensión de ambos y expone al *diálogo espiritual* a críticas justas, sobre todo la de «dirigir» mediante normas y mandatos, imponiendo

sobre el acompañado, muchas veces, la espiritualidad del acompañante, sin atender a las llamadas que el Espíritu dona en el corazón del acompañado. Nunca se debe «voto de obediencia» al acompañante, solo al Espíritu. No debe olvidarse que la autoridad está siempre al servicio de la comunidad y que entre el acompañante y el acompañado no hay propiamente comunidad alguna¹⁷.

- Por otra parte, si hubiese identidad entre sacramento de la Reconciliación y el *diálogo espiritual* personal, el acompañante no podría retornar sobre el contenido del encuentro precedente. Y esta imposibilidad desnaturaliza el itinerario, camino, que todo *diálogo espiritual* pretende ser. El *diálogo espiritual* no consiste, como sí el sacramento, en momentos que en sí mismo tienen plenitud de sentido, porque exige, precisamente, descubrir progresivamente el camino, proyecto, que Dios ofrece a la vida humana.
- **No puede ser confundido con una predicación realizada a una persona singular:** *la conversación o diálogo espiritual personal no puede ser enmarcado en el ministerium Verbi, sino, como venimos subrayando, en el ministerium Spiritus. Repetimos lo afirmado: aunque a veces el diálogo pueda exigir la Verdad, no mi verdad, sino la Verdad de la Palabra, la atención tanto del acompañante como la del acompañado debe dirigirse a las mociones del Espíritu. Él es el único que desarrolla la actividad magisterial: el único maestro. Olvidar esta verdad supone:*
 - Que el acompañado estaría siendo obligado a aplicar cuanto asimila de lo pretendidamente enseñado («configurar la vida desde el qué debo hacer»), olvidando la asunción

¹⁷ Además, en palabras del Papa Francisco, «la dirección espiritual no es un carisma clerical, es un carisma bautismal. Los sacerdotes que hacen dirección espiritual tienen el carisma no porque sean sacerdotes, sino porque son laicos, porque están bautizados» www.religion.digital.org/el-papa-de-la-primavera/Dialogo-Papa-seminaristas (consultado 20/01/2025)

responsable de la propia decisión desde lo que el Espíritu va poniendo en su corazón;

- Que el acompañado estaría siendo obligado a la pasividad y no enseñado a buscar personalmente «lo que agrada a Dios»;
 - Que el acompañante pueda estar más atento a su recto decir, que a su recto escuchar y a su recto sentir, desde el supuesto de que la maduración cordial de la persona pueda reducirse a una asimilación intelectual de principios, ideas, conceptos... y olvidando que solo el recto sentir (ortopatía: «tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo...») posibilita la unidad entre ortodoxia (recto pensar) y ortopraxis (recto hacer). En definitiva, el itinerario espiritual es itinerario experiencial, no solo lógico racional.
- **No puede ser confundido con una sesión de psicoterapia:** *el acompañante no es un terapeuta psicológico. Tal visión ha podido aportar, a veces, beneficios -atención a todas las dimensiones de la vida personal-, pero, también, ha supuesto, a veces, un fuerte reduccionismo que induce a creer que todos los problemas de la persona pueden ser resueltos desde la sabiduría que la psicología ofrece. San Pablo nos diría que la persona queda reducida al «hombre psíquico» olvidando al «hombre pneumático» (1Cor 2, 10); es decir, nunca debe olvidarse que la persona está dotada de una interioridad mayor que la interioridad que revela su dimensión psíquica.*

Por otra parte, y me remito ahora a ciertas posiciones acríicas respecto a la intervención psicológica, necesitamos reconocer, y olvidarlo es nefasto, que toda presencia en la vida personal es positiva o negativa para su maduración psicológica: no hay, por más que se afirme y se pretenda, presencia neutra. Lo quiera o no lo quiera, sea consciente o lo ignore, no puede no haber un influjo positivo o negativo en el diálogo intersubjetivo. Por eso, es exigencia fundamental para el acompañante revisar continuamente si su presencia (dependencia; transferencia)

está ocupando la sabiduría del Espíritu en el corazón del acompañado. Brevemente: nunca debe darse por supuesta, por mucho aprendizaje que se tenga de Roger, la neutralidad del actuar en el diálogo intersubjetivo.

Y, finalmente, como ha quedado afirmado, es necesario, a veces, intervenir con la fuerza de la Verdad que purifica y corrige. Los reduccionismos «espiritualistas» han hecho ciertamente mucho daño: es un gravísimo error querer resolver en el marco espiritual problemas psicológicos e incluso, según algunos, problemas de salud física; pero los reduccionismos «psicologistas» también son nefastos: intentar enfrentar problemas espirituales con técnicas solo psicológicas puede llegar a ocultar el verdadero querer de Dios. En definitiva, ¿a quién compete principalmente la función integrativa de la persona: a la psicología o a la espiritualidad? ¿al psicólogo o al acompañante? Creo que a ninguno de los dos -si estos saberes son considerados formalmente-, sino a la persona acompañada. Y es su historia quien debe marcar el camino a seguir. Se trata, sustancialmente, de aplicar la sabiduría de Calcedonia: la naturaleza humana y la naturaleza divina de Jesús, el Cristo, ni confundidas, ni separadas, sino diferenciadas en la unidad de su persona, que es divina. Porque de lo que se trata, como hemos subrayado más arriba, es que la persona logre la unidad e integración de todas las dimensiones de su ser.

3.b. Los diferentes «nombres» dados al *diálogo espiritual* personal

- **Dirección espiritual:** *es el nombre más tradicional y sobre el que se han vertido, a veces acriticamente (modos y modas que se siguen sin la adecuada reflexión), la mayoría de las críticas después del Concilio. Pues bien, comencemos leyendo al Cardenal Martini: «(el título de dirección espiritual) es antiguo, tradicional e indica la línea de un camino, la línea recta a seguir. Subyace a este término la idea de la vida cristiana como un camino en el que uno también puede equivocarse de dirección, en*

el que hay que ayudar a ir en la dirección correcta, a no perder el buen camino.»¹⁸

En la Real Academia de la Lengua Española se establecen dos primeras acepciones para el término «dirigir»: a) Enderezar, llevar rectamente algo hacia un término o lugar señalado. b) Guiar, mostrando o dando las señas de un camino. Subrayemos los términos: enderezar, guiar y orientar dando señas respecto a un fin. Pues bien, si quiere evitarse la reducción del *diálogo espiritual* a charla, a debate/discusión, a terapia psicológica es necesario reconocer que la Revelación ofrece un contenido objetivo, donado gratuitamente, para que la persona configure la propia subjetividad, enderece su caminar vital a alcanzar la madurez humana y espiritual, que siempre comportará (recordar reglas de discernimiento) la entrega de la vida a la construcción de la comunidad. Por eso, otra de las tareas fundamentales del *diálogo espiritual* personal es enderezar y guiar -ni decidir, ni mandar- para que el acompañado pueda vislumbrar en su corazón las exigencias del Reino y traduzca en su camino vital la posible llamada de Dios sobre su vida. No se trata, por tanto, solamente de resolver problemas o de clarificación intelectual: cuando esto se necesita, *el diálogo* es necesario, pero las exigencias del discernimiento no podrán cumplirse (para discernir/decidir se requiere el consuelo y la paz). Se trata de guiar a la persona ante el Misterio de Dios.

Ahora bien, no puede negarse que el título «dirección espiritual» presenta aspectos negativos. Primero, es poco evangélico y no se encuentra en la Revelación (si de objetividad se trata). Segundo, puede sugerir que el acompañante tiene todo el protagonismo impidiendo la sana y madura libertad del acompañado. Y, repetimos, solo el Espíritu Santo dirige y anima

¹⁸ Martini, C. M.: *La direzione spirituale nella vita e nel ministero del prete*. La Cittadella, 1984, p. 22.

la vida cristiana: diáconos del Espíritu, sí; sustituir su acción, no. Tercero, los términos director y dirigido pueden, también, sugerir una relación de autoridad y obediencia: manda el director; obedece el dirigido. Quedó dicho más arriba: es un pernicioso error, porque toda autoridad está al servicio del bien común y supone una misión legítimamente confiada. Y el acompañante, además de poder ser elegido libremente por el acompañado y poder ser abandonado cuando se considere oportuno, nunca puede olvidar que sus sugerencias son rectamente consideradas bajo la condición de que el acompañado discierna libremente su valor y su sentido para su propia vida. Sin el ejercicio de esta autonomía no existe *conversación o diálogo espiritual* personal.

De nominibus non est disputandum, decían los antiguos. Y creo que es un sabio consejo que exige remitirnos a los principios desde los cuales hemos reflexionado críticamente sobre este primer título. Repasémoslos porque desde ellos, inmediatamente, revisaremos críticamente el título que después del Concilio ha tenido más éxito: *acompañamiento espiritual*.

Sin duda, quien asume el riesgo del *diálogo espiritual* personal tiene que aprender el valor de la «pasividad», es decir, tiene que aprender a desarrollar la dimensión contemplativa de la vida cristiana: se trata de dar primado a la fe, que es don recibido gratuitamente (virtud teologal), como fundamento de todo actuar, de todo obrar, de toda respuesta libre. Repetimos: el ser humano no alcanza a Dios; es Dios quien alcanza al ser humano. Ahora bien, este Dios que se manifiesta libre en la historia humana nos llama a la libertad, nos quiere libre y, por eso, responsables. Todo diálogo espiritual que invite a renunciar a la libertad y a la responsabilidad personal no puede ser querido por el Dios anunciado por Jesús, el Cristo. Pero, además, en el *diálogo espiritual* personal tanto acompañante como acompañado son *diáconos* del Espíritu Santo, el único y verdadero director de la vida cristiana. Se trata de que el acompañado pueda experimentar la acción de Dios en lo más

íntimo de su corazón y no las ideas, el querer, los deseos o las proyecciones del acompañante. Por eso, siguiendo el testimonio de Juan, el Bautista, el acompañante debe decrecer -es solo voz, no Palabra- para que la Revelación de Dios pueda anidar en lo más íntimo de la vida del acompañado. La esperanza, la confianza y la entrega total son debidas a Dios y sólo a Él (con Él ningún Dios extranjero).

- **Acompañamiento espiritual:** *es el término más utilizado después del Concilio, que sustituye al de «dirección espiritual» y, entre otras intenciones, pretende asimilar los aspectos más positivos que la teoría de Rogers ofrece sobre la relación de ayuda: 1) la presencia de un acompañamiento educativo libre de presiones externas y centrado en la situación real del acompañado; 2) una actitud de escucha respetuosa, aceptación y expectativa pasiva por parte del acompañante en los primeros pasos de la relación; 3) la no interferencia del acompañante en la decisión final, que debe ser tomada por el acompañado en libertad y sin descargar su responsabilidad en quien acompaña; 4) la exigencia en el acompañante de renuncia a toda presunción y de enfrentar la tarea de acompañar con humildad, paciencia y esperándolo todo del acompañado.*

Ahora bien, pienso que es un claro reduccionismo en el acompañamiento atender solamente a la dimensión antropológica (subjetiva) de la psicología, ignorando la dimensión teológica (objetiva) de la Revelación. Se trata de configurar la vida, como ha sido afirmado más arriba, desde la tensión Palabra-Espíritu, es decir, desde la escucha a la llamada que el Dios de Jesús, el Cristo, dona al corazón humano por el Espíritu. Por eso, si acompañamiento significa no directividad del acompañante y profunda actitud de escucha (frente a los posibles significados que ha podido asumir la dirección espiritual), este título es sumamente adecuado para la *conversación* o *diálogo espiritual* personal. Pero si

el acompañamiento llega a significar la falta de atención a la acción del Espíritu y a la Verdad revelada, el título debe ser rechazado. Y, además, como ha quedado afirmado, me parece una tremenda ingenuidad afirmar, sin más, la posibilidad de una presencia intersubjetiva neutra. Por eso, si el acompañamiento invita a no ser consciente y, sobre todo, a no revisar la influencia que el acompañante tiene sobre el acompañado, también debe ser rechazado. El acompañante debe saber contemplar (pasividad) cuando Dios actúa en el corazón del acompañado; pero también debe saber actuar cuando el acompañante no está asumiendo responsablemente la llamada a la libertad que Dios ofrece a su vida. Permítaseme recordar un consejo de uno de los mejores acompañantes que Dios ha dado a su Iglesia, San Ignacio de Loyola: «Hablar poco y tarde, oír largo y con gusto, oyendo largo hasta que acaban de hablar lo que quieren... quieto para sentir y conocer los entendimientos, afectos y voluntades de los que hablan para mejor responder o callar»¹⁹ (¡¡¡muchos siglos antes del nacimiento de la psicología humanista!!! Tenemos bellas tradiciones que a veces desconocemos y que otros copian sin nombrarlas).

– **Otros títulos presentes en la tradición: Padre/ Madre espiritual, Consejero espiritual, Formador espiritual:** *Constataremos solamente su presencia en la Tradición de la Iglesia y, sin entretenernos en ellos para no alargar todavía más nuestra reflexión, resaltamos la riqueza que encierran:*

- Subrayan con gran claridad la necesidad de una presencia que ayuda a madurar, que engendra vidas maduras;
- Subrayan, también, y hasta ahora solo ha quedado implícitamente afirmado, la «no igualdad», la «no simetría» que caracteriza la relación acompañante-acompañado,

¹⁹ Ignacio de Loyola: *Obras*. BAC, Madrid, 2013, pp. 683; 713.

remitiendo a una peculiar relación pedagógica entre desiguales;

- Relación pedagógica que nunca podrá olvidar que su fundamento es la relación de amor, porque tanto el acompañante como el acompañado son hijos de un mismo Padre/Madre que debe guiar a los dos: exigencia, pues, de que el amor sea siempre la «atmósfera» que caracterice la *conversación o diálogo espiritual*. Brevemente: la relación de acompañamiento puede ser vista como sacramento (signo eficaz) de la relación que Dios Padre/Madre quiere tener con la criatura humana. Subrayamos: signo eficaz, no sustitución de la relación personal que todo bautizado está llamado a realizar con el único Padre/Madre, con el único Consejero, con el único Formador, con el único Señor de la vida humana.

3.c. **Hacia una posible definición de *conversación o diálogo espiritual personal***

Creo que pueden reconocerse en la actual reflexión teológica espiritual dos líneas fundamentales acerca de la naturaleza y objetivos del *diálogo espiritual*. No son líneas contrapuestas, se trata de subrayados según la propia sensibilidad teológica.

La primera de estas líneas sitúa el *diálogo espiritual personal*, para establecer su posible definición, en el ámbito de la comunicación de la fe: una ayuda (no intervención autoritaria) que una persona (sacramento/mediación: no sustituye la voz de Dios) ofrece a través del diálogo (ni charla; ni discusión; ni terapia psicológica) para abrir un espacio de discernimiento (no solo resolución de problemas) que posibilite la búsqueda y posterior encarnación en la vida cotidiana (no en momentos extraordinarios) de lo que agrada a Dios (no al acompañante). Esta primera definición exige aceptar que el *diálogo espiritual personal* es un medio pastoral extremadamente humilde (no es fin en sí mismo y remite siempre a la plenitud que supone la configuración personal con Jesús, el Cristo); pero, al mismo

tiempo, sumamente necesario: la Palabra, la vida sacramental, la Tradición de la Iglesia, la predicación catequética y homilética son los presupuestos de todo *diálogo espiritual*, pero éste ayuda a que la ortodoxia proclamada se convierta en ortopraxis histórica ordenando la vida sentimental del creyente (ortopatía: tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo...) para que pueda escuchar (ob-audire) y responder con autenticidad en la historia a la llamada personal de Dios. De la necesidad de la encarnación de la verdad cristiana en la vida cotidiana (vida en la historia) deriva, pues, la importancia del *diálogo espiritual* personal: momento privilegiado para leer sapiencialmente a la luz de la Palabra los acontecimientos de la vida, los cuales tienen que llegar a ser verdaderos «signos de los tiempos» para discernir la llamada de Dios en la vida personal.

Y el subrayado de esta última afirmación abre la segunda línea que posibilita otro marco de definición, la acción del Espíritu: la persona creyente (conciencia explícita de vida teologal) busca ayuda para madurar su respuesta a la llamada de Dios (superación de la dimensión moral y apertura a un proyecto vocacional) exigiendo un proceso de discernimiento (fin inmediato) bajo la luz del Espíritu. El acompañante no pide, pues, encontrar la voluntad de Dios para enfrentar un problema determinado; pide, ante todo y sobre todo, aprender a reconocer la presencia del Espíritu en lo más íntimo de su corazón (capacidad de discernir) para configurar su vida desde lo que agrada a Dios. Brevemente: el diálogo espiritual tiene que enseñar (pedagogía) a comprender el modo de actuar del Espíritu Santo en el corazón humano.

CONCLUSIÓN

*La verdad sin compasión impide la conversión, impide la vida.
«La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para
con los hermanos y una vida entendida como tarea solidaria y gozosa»*

(Benedicto XVI, Caritas in veritate, 78)

- *En el pasado el peligro fue siempre considerar lo personal (subjetividad) como sinónimo de arbitrario y el universal abstracto (objetividad) como sinónimo de verdad; por eso, era fácil caer en proyectos educativos legalistas, farisaicos (exterioridad de ley y obediencia acrítica), que formaban personas en la constante expectativa de que una autoridad dijera lo que debía hacerse, anulando, así, la agilidad y la fantasía creadora, impidiendo análisis concretos de la realidad histórica, reprimiendo la interpretación de los datos experienciales..., en una palabra, negando la posibilidad del discernimiento espiritual.*
- *Hoy el peligro es el subjetivismo, la obsesión por el sí mismo, la excesiva preocupación por la propia autorrealización que implica que la conciencia personal no queda definida como norma próxima del actuar humano, sino como norma absoluta y única.*
- *Entre estos dos extremos debe situarse la conversación o diálogo espiritual personal y, por eso, su proyecto de realización debe ser presentado con claridad:*
 - *La vida cristiana es “camino”, es “vivir del Espíritu” (cfr. Gal 5,25), como sintonía, relación y configuración con Cristo, para participar de su filiación divina. Por esto «todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios» (Rm 8,14). El consejo o dirección espiritual ayuda a distinguir «el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1Jn 4,6) y a «vestirse del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad de la verdad» (Ef 4,24). La dirección espiritual es sobre todo una ayuda para el discernimiento en el camino de santidad (no solo para resolver problemas).*

- El objetivo de la dirección espiritual consiste principalmente en ayudar a discernir los signos de la voluntad de Dios. Normalmente se habla de discernir luces y mociones del Espíritu Santo.
- Este objetivo es inherente al proceso de fe, esperanza y caridad (como configuración con los criterios, valores y actitudes de Cristo) que se ha de orientar según los signos de la voluntad de Dios en armonía con los carismas recibidos. El fiel que recibe el consejo debe asumir la propia responsabilidad e iniciativa.
- Durante el proceso de la dirección espiritual es necesario entrar en la conciencia de sí mismo a la luz del Evangelio y, por tanto, apoyarse en la confianza en Dios. Es precisamente un itinerario de relación personal con Cristo, en el que se aprende y practica con Él la humildad, la confianza y el don de sí, según el nuevo mandamiento del amor.

Los últimos cuatro puntos están extraídos de Congregación para el Clero: El sacerdote confesor y director espiritual. Ministro de la misericordia de Dios. BAC – documentos, 2011.

4. La conversación o diálogo espiritual comunitario

4.a. La exigencia de la escucha atenta.

- *El Sínodo sobre la sinodalidad ha puesto en primer plano la conversación o diálogo espiritual (que el Sínodo llama: conversación en el Espíritu). Esta metodología ha sorprendido y llamado la atención porque no consiste en ir proponiendo grandes discursos a una asamblea, sino que después de un tiempo de oración y reflexión sobre un tema que tratar se abren tres rondas de palabra separadas por un tiempo de silencio meditativo. Recordemos, brevemente, lo afirmado en la primera parte de nuestra reflexión²⁰:*
- *Primera ronda: cada persona se turna para compartir los frutos de su oración y reflexión. Todos tienen, más o menos y en la medida de lo posible, el mismo tiempo para hablar.*
- *Silencio: se trata de tomar conciencia de lo sentido durante la primera ronda, de ordenar los sentimientos experimentados y de subrayar, desde este orden afectivo, los puntos que se consideran fundamentales.*
- *Segunda ronda: los participantes, ahora sin ningún orden particular y espontáneamente (nadie está obligado a hablar), comparten lo experimentado en el silencio. No es un momento de debate/discusión, sino una oportunidad para responder a preguntas similares a estas: ¿cómo me ha afectado lo escuchado? ¿Hay un hilo conductor en lo compartido? ¿Falta algo que esperaba que se dijera? ¿Me ha afectado particularmente alguna intervención? ¿He vislumbrado alguna verdad fundamental que considero importante compartir? Aquí comienza a experimen-*

²⁰ Punto 4.d. de la primera parte, pp. 19-21: Un posible camino práctico para discernir comunitariamente: la conversación espiritual.

tarse la acción del Espíritu abriéndose la posibilidad del discernimiento.

- *Silencio: tomar conciencia de lo sentido, ordenar sentimientos y subrayar los puntos que se consideran fundamentales.*
- *Tercera ronda: Se comparte lo experimentado buscando lo que puede unir a los participantes en verdad (inteligencia), en sentir común (corazón) y en actuar (voluntad). Divergencias que buscan convergencia en un posible proyecto común (amor).*
- *Conclusión: se repasa el recorrido realizado y se decide cuáles son los logros alcanzados.*

Lo importante es comprender que el discutir y argumentar deja paso al escuchar (a uno mismo, a los otros y al Espíritu) y, por eso, el silencio meditativo es el núcleo vital de la *conversación* o *diálogo espiritual*. Y, también, que en el corazón, en el mundo sentimental (lo afectivo es lo efectivo) encontraremos siempre la «materia» que el discernimiento tiene que ordenar e iluminar desde la luz del Espíritu.

Pues bien, el éxito del método es, también, su riesgo en la medida en que el *diálogo espiritual* puede percibirse solo como un método participativo para tomar decisiones (una manera exitosa de conducir nuestras reuniones) y no como una llamada a vivir el camino de la fe en comunidad, en Iglesia. Por eso, el magisterio del Papa Francisco insiste en que mucha de la ansiada transformación de la Iglesia en el tercer milenio pasa necesariamente por armonizar con sabiduría «la conversación en el Espíritu, el discernimiento y la sinodalidad que consisten, más que nada, en escuchar.»²¹ Y, por eso, la Comisión Teológica Internacional advierte: «aunque los procesos y los acontecimientos sinodales tengan un comienzo, un desarrollo y una conclusión, la sinodalidad describe de forma específica el camino

²¹ Cfr. Guerrero, J.A.: *Conversación espiritual, discernimiento y sinodalidad*. Sal Terrae, Santander, 2023, p. 10.

histórico de la Iglesia en cuanto tal, anima las estructuras, dirige la misión.»²²

¿Por qué esta llamada a *caminar juntos* desde la calidad de *nuestra conversación o diálogo espiritual*? ¿Qué llamada a la conversión personal y eclesial puede ser encontrada en esta propuesta tan particular? La mejor reflexión antropológica, y también el magisterio del Papa Francisco, considera que la vida humana actual vive inmersa en «tres fracturas» que impiden su autenticidad: 1) la fractura ecológica (relación con la naturaleza); 2) la fractura social (relación con los demás); 3) la fractura consigo mismo (relación con la intimidad). Y, por eso, por abrir modos de vida inauténticos, esta triple fractura imposibilita, también, la auténtica relación con Dios. Brevemente: la vida humana tiene un grave déficit de atención a la alteridad (lo otro, el otro, el sí mismo) y, por eso, una grave incapacidad para prestar atención al Otro trascendente. En palabras de Byung-Chul Han: «hoy la crisis de la religión es fundamentalmente una crisis de atención.»²³

Y el convencimiento que se va imponiendo, también expresado en el magisterio de Francisco, es que es imposible enfrentar estas fracturas por separado: están tan íntimamente relacionadas que no podemos resolver ninguna de ellas, si no atendemos adecuadamente a las otras dos. Es decir, todo camino de conversión debe siempre comportar un mejor diálogo con la circunstancia natural, con los demás y consigo mismo. Pero, además, se subraya que la urgencia de actuar (buena intención) para cambiar el estilo de vida caracterizado por la inautenticidad, conlleva, muchas veces, la falta de atención al mundo interior que, precisamente, seamos conscientes o no, configura dicho actuar. Se trata, pues, de agudizar nuestra capacidad de atención que comportará siempre una escucha hospitalaria y una apertura (de mente -ortodoxia-, de corazón -ortopatía-, de voluntad

²² Comisión Teológica Internacional: *La sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia*. Madrid, San Pablo, 2018, p. 55.

²³ Han, B-C.: *Vida contemplativa*. La Magrana, Barcelona, 2023, p. 124.

-ortopraxis-) a las sorpresas que dicha atención puede engendrar. Se trata, en palabras del papa Francisco, de que nuestra atención y nuestro actuar sean movidos por «el sentido social de la existencia, la dimensión fraterna de la espiritualidad, la convicción sobre la inalienable dignidad de cada persona y las motivaciones para amar y acoger a todos.»²⁴

Por eso, aparece como urgente crear espacios de escucha profunda, espacios donde con *rigor ascético* y *sabiduría mística* recreemos desde lo más íntimo de nuestra propia intimidad nuestra capacidad de atención a la alteridad. Porque escuchar significará siempre quebrar nuestros egoísmos, tomen la forma que tomen, siendo conscientes de que, a veces, también hay mucho egoísmo en nuestros «deseos» de santidad.

Y es en este bello y exigente marco donde debe insertarse la *conversación* o el *diálogo espiritual* comunitario, porque dialogar es crear una relación donde se está presente, muy presente. Y, por eso, tiene siempre que remitir a ese espacio interior e íntimo donde habita «la fonte que mana y corre, aunque es de noche... Su origen no lo sé, pues no le tiene, mas sé que todo origen de ella tiene, aunque es de noche... Bien sé que tres en sola una agua viva residen, y una de otra se deriva, aunque es de noche... Aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, porque es de noche...» (San Juan de la Cruz).

4.b. El camino de conversión que el *diálogo espiritual comunitario* ofrece

Vivir desde la atención (a sí mismo, a lo otro, al otro y al Otro) configurará nuestra vida, porque, querámoslo o no, nuestra biografía se va configurando desde la intención de nuestra atención. Allí donde ponemos nuestra atención, allí irá nuestro corazón, y, ahora, conviene recordad el evangelio de Lucas: «donde está tu tesoro está también tu corazón» (Lc 12, 34). Y, por eso, conviene que abramos una pregunta en nuestras vidas:

²⁴ Papa Francisco: *Fratelli Tutti*, nº 86

cuando dialogamos, cuando nos encontramos con el «rostro» de la alteridad, ¿desde dónde atendemos? ¿En qué consiste nuestra atención?²⁵

- *Es fácil reconocer que, en un primer momento, nuestra atención/escucha queda conformada por lo sido, por lo vivido, por lo aprendido, por lo alcanzado... por el peso del pasado. Nuestra escucha queda sesgada por la presencia de lo ya conseguido. Y, entonces, nuestra atención/escucha se dirige a confirmar lo ya sabido (prejuicios). El centro de la conversación siempre soy yo y mi mundo estructurado según mi propio querer e interés. Y cuando callo no escucho, sino que preparo mi monólogo: antes de empezar sé lo que voy a escuchar y lo que estoy dispuesto a decir.*
- *En un segundo momento, podemos poner en juego nuestra capacidad argumentativa. Empezamos a implicarnos en la medida que aparecen temas, argumentos o hechos que nos interesan o nos aportan nuevos conocimientos. O, también, enfrentamos nuestras posiciones con las de los demás, buscando con-vencerles -o, simplemente vencerles con nuestros mejores argumentos-: yo soy mi punto de vista y mis argumentos... y que gane el mejor (competencia).*
- *Pero puede ocurrir, tercer momento, que sintamos una fuerte llamada a empatizar con el otro, a la conexión emocional, y que intentemos comprender desde la perspectiva del otro. Empiezo a establecer una relación donde es posible (re)conocer el «rostro» del otro. Me vinculo con la alteridad, rompo los estrechos márgenes de mi yo y empieza a surgir el deseo de búsqueda común: el yo, sin perder su autonomía (deseo/decisión), va re-encontrándose de manera nueva en el nosotros que engendra la atención al otro.*

²⁵ Sigo con mucha libertad las principales ideas de: Lozano, J.M: *La conversación espiritual. En el corazón de la espiritualidad ignaciana*. C.J. Colección virtual, Barcelona, 2024, pp. 21-31.

- *Entonces, cuarto momento, nos abrimos a la vida y al posible futuro que anuncia el sentir común. Ya no domina ni el yo, ni el pasado porque estamos experimentando en nuestra intimidad más íntima que otra forma de estar presente, otra forma de vida es posible.*

Pues bien, la *conversación o diálogo espiritual comunitario*, por eso, no es solo un método para la toma de decisiones, sino un estilo de vida cotidiana que nos permite situarnos espontáneamente, con frecuencia y sin esfuerzo (hábito), en el tercer y en el cuarto momento. Y para ello, tendremos siempre que luchar (lucha espiritual) contra las «tres voces» -¡¡¡quizá ahora mismo estén gritando!!!- que están en cada yo pero que no forman parte del verdadero yo creado a imagen y semejanza de Dios: la voz del juicio, la voz del cinismo y la voz del miedo. La primera, la voz del juicio, nos invita a valorar, criticar, juzgar desde la distancia. La segunda, la voz del cinismo, cierra nuestro corazón y bloquea la empatía, llevándonos o al escepticismo o a la desconfianza (quiebra de toda esperanza). Y, finalmente, la voz del miedo, que rechaza ese «dejarnos desnudar» (Oseas), ese caminar en libertad (Éxodo), esa invitación a vender (riquezas: joven rico) para vivir de cara a la Verdad y soñar con una vida vivida definitivamente en el seno de la Verdad (¿de qué te sirve?). Reconocer en nuestra intimidad estas tres voces, estos tres demonios, estos tres malos espíritus y luchar por acallarlos, por expulsarlos, pidiendo a nuestro Maestro el milagro de la sanación, forma parte de una vida que quiere vivir en libertad con los demás y según el querer de Dios (combate espiritual: conversión).

4.c. La vocación misionera de la *conversación o diálogo espiritual comunitario*

La *conversación o diálogo espiritual comunitario* exige, ciertamente, atención y escucha. Pero, también, un «recto hablar», un, si se quiere, «hablar atento» para que pueda cumplir con su intención final: dejar que Dios pronuncie con libertad su Palabra y que el Espíritu encarne en cada corazón su llamada. Recordemos la

advertencia de San Pablo en su carta a los Corintios: «*Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; y diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; y diversidad de acciones, pero Dios es el mismo, que obra todo en todos. A cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para provecho común...Pero todas estas cosas las realiza el mismo y único Espíritu, que las distribuye a cada uno según quiere.*» (1 Cor 12, 4-11).

Pues bien, igual que hemos afirmado que callar no es una manera de ganar tiempo para preparar lo que queremos decir, el hablar no puede ser solo una oportunidad para pronunciar nuestros mensajes interesados. No se trata de autoafirmarnos en nuestro propio querer e interés, se trata de ser verdaderos servidores de la Palabra, es decir, de que nuestra palabra abra espacio a la única Palabra que salva, al «decir» que solo Dios puede decir. Se trata, en definitiva, de un «hablar atento» para que las palabras en la conversación no diluyan ni la presencia de quienes conversan ni la presencia de Dios que desea dejar en el corazón de quienes conversan, por la acción del Espíritu, su voluntad para que sigamos a Jesús, el Cristo. Y, así, el «habla atenta» es una manera de encarnar en la historia, según contextos, la vocación misionera a la que estamos llamados.

Pero, se exige, también, un fuerte proceso de conversión: tendremos que elegir entre querer ser ese «gran experto» que cree saberlo todo, que cree poder clarificarlo todo, que cree tener el adecuado diagnóstico y tratamiento de todos los problemas o querer ser el «humilde misionero» siempre dispuesto a ser sacramento, signo eficaz, de la sanación que solo Dios puede ofrecer.

Por eso, la *conversación o diálogo espiritual* exigirá siempre la humildad, porque se trata de buscar, no la autoafirmación, sino el bien del otro según el querer de Dios. Recordando siempre, criterio de discernimiento de nuestra atención/escucha/palabra, que lo que nos hace crecer humanamente no es solo la razón, sino la relación (empatía: cordial, desde el corazón).

Subrayamos una vez más. Cuando nuestro punto de partida es que ya tenemos conseguido todo (riqueza/pobreza), que tenemos siempre razón y que el peso de nuestro pasado (prejuicios) constituyen toda nuestra identidad, no solo aspiramos a «debatir» y «con-vencer», sino que corremos el riesgo de considerar que las dificultades en el camino siempre son los demás (quiebra de la comunidad: eclesialidad) y, sobre todo, olvidamos que el Espíritu de Dios está presente en la historia, también en nuestras conversaciones.

Lo venimos subrayando con fuerza y así queremos acabar: la *conversación o diálogo espiritual* es un reconocimiento de la acción del Espíritu en el Espíritu. Porque de lo que se trata, «va y viene y sopla donde quiere», es de la vida que vivimos y de la vida que queremos vivir. Conversemos y al hacerlo vayamos aprendiendo a mejorar la calidad de nuestra atención, de nuestra escucha y de nuestro hablar. Porque así seremos fieles a los deseos de renovación de nuestra querida Iglesia: sinodalidad, encuentro, camino y Espíritu, sin olvidar que todo ello nace del silencio, de la escucha a la propia interioridad y que, por eso, toda conversación nos debe devolver al silencio, a ese silencio que Jesús también frecuentaba porque «por la mañana, cuando todavía estaba oscuro, se levantó, salió y se fue en un lugar desierto, y allí oraba» (Mc 1, 35).



CONCLUSIÓN

«La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como tarea solidaria y gozosa»

(Benedicto XVI, Caritas in veritate, 78)

- *Hablar de conversación o diálogo espiritual comunitario es subrayar la necesidad de la escucha y el habla atenta, del encuentro en la palabra y en la Palabra bajo la luz del Espíritu y, por eso, de la necesidad de configurar nuestros estilos de vida desde la exigencia de la conversación-conversión-misión. Un camino de vida según la verdad del Espíritu.*
- *Por eso, porque la verdad del Espíritu exige discernimiento, la conversación espiritual no puede reducirse a un método pedagógico para organizar reuniones o tomar decisiones. Se trata de obediencia al Espíritu, que no sabemos de dónde viene ni dónde va (Jn 3, 8). El Espíritu mueve, inspira, impulsa, pero su presencia solo es constatable por sus frutos en nuestra vida, nunca le poseemos, nunca le dominamos.*
- *Porque se trata de un verdadero «combate espiritual» (conversión), la conversación espiritual implicará consolaciones y desolaciones, tensiones y conflictos, resistencias y debilidades. Se trata de ponerse a la escucha del Espíritu (ob-audire) que nos va mostrando el camino de la fidelidad en el seno de nuestras ambigüedades vitales.*
- *La conversación espiritual, por tanto, presupone una espiritualidad relacional, un reconocer que sin lo otro, el otro, los otros (alteridad) no es posible encontrar lo que «agrada a Dios». Y la relación, el encuentro con la alteridad exige la presencia del sí mismo siempre abierta a la presencia del otro. No hay lugar para el intelectualismo (exceso de razón), mecanismo de defensa, a veces, precisamente para evitar el encuentro transforma-*

dor (también en nuestra relación con Dios). Se trata de movilizar todas las dimensiones de la vida personal (también la razón) sin olvidar, o mejor, haciendo el esfuerzo de hablar siempre en «primera persona», experiencialmente, narrativamente, desde la abundancia del corazón (Lc 6, 49).

- *Se trata, finalmente, de la búsqueda común del querer de Dios. Y es caminando como se van configurando los encuentros que responden a dicha búsqueda. No somos nosotros quienes elegimos a quienes vamos encontrando, sino que caminando vamos conversando y convirtiéndonos en amigos en el Señor con aquellos que Él mismo (Providencia) pone en nuestro camino. El camino es un don y los compañeros de camino también. Buscar y encontrar la voluntad de Dios con los hermanos que el mismo Dios nos ofrece como don es, justamente, la forma de realizar el largo camino hacia la libertad. Porque cada conversación espiritual, si es verdadera conversación espiritual, será siempre un acontecimiento liberador.*

ÍNDICE

BUSCANDO LO QUE AGRADA A DIOS

Diáconos de la misericordia divina en fidelidad al Espíritu Santo	3
I. El compromiso del discernimiento en una Iglesia que quiere ser Iglesia en Salida	5
1. Solo en camino, proceso, renovamos nuestra fidelidad	6
2. La sabiduría de la Palabra de Dios: a la búsqueda de «lo que agrada al Señor».....	8
Conclusión	16
3. El caminar de Jesús: su proceso de discernimiento.....	17
4. La práctica del discernimiento personal y comunitaria en la vida cotidiana: sus reglas.....	21
4.a. Una advertencia previa	21
4.b. Las reglas de discernimiento.....	21
4.c. Un posible camino práctico para mantener el discernimiento en la vida cotidiana.....	24
4.d. Un posible camino práctico para discernir comunitariamente: la conversación espiritual	26
II. La conversación o diálogo espiritual, experiencia pedagógica que enseña al corazón humano a discernir	29
1. Introducción: un primer acercamiento al diálogo espiritual	30
2. El diálogo espiritual de Dios con el ser humano: persona/comunidad.....	35
Conclusión	42
3. La conversación o diálogo espiritual personal.....	43
3.a. Lo que no es la conversación o el diálogo espiritual personal	43
3.b. Los diferentes «nombres» dados al diálogo espiritual personal	46
3.c. Hacia una posible definición de conversación o diálogo espiritual personal.....	51
Conclusión	53
4. La conversación o diálogo espiritual comunitario	55
4.a. La exigencia de la escucha atenta	55
4.b. El camino de conversión que el diálogo espiritual comunitario ofrece.....	58
4.c. La vocación misionera de la conversación o diálogo espiritual comunitario	60
Conclusión	63



MISIONEROS
CLARETIANOS

HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

